

Una de las características actuales de nuestro continente es la riqueza y variedad de idiomas que en él se hablan.¹ Según nos indican las estimaciones recientes, en América se localiza entre el 15 y el 20 por ciento del patrimonio lingüístico mundial.² En ese contexto un diagnóstico preliminar, hecho con base en el número de usuarios y la procedencia de los idiomas, daría como resultado el siguiente balance: seis lenguas oficiales de origen europeo —español, inglés, portugués, francés, holandés y danés—, entre 625 y 950 lenguas de origen amerindio,³ y varias docenas de lenguas denominadas pidgines y criollas.⁴

Los integrantes del amplio universo lingüístico cultural americano presentan condiciones de vitalidad divergentes. Por una parte, se encuentran las lenguas de origen europeo que se han difundido de manera considerable en un periodo relativamente corto, hasta incluir en los tiempos actuales al 90% de la población del continente; por la otra, se halla el vasto mosaico constituido por las lenguas amerindias y las criollas, cuya trayectoria se ha modificado profundamente a lo largo de los últimos siglos. Tales modificaciones pueden atribuirse, fundamentalmente, a las modalidades en que se produjo la colonización de los territorios americanos y a la emergencia de los movimientos nacionales posteriores.

1. PANORAMA GENERAL DEL MULTILINGÜISMO EN MÉXICO

La vitalidad de las lenguas europeas en América está plenamente garantizada por las siguientes razones: se trata de las lenguas maternas de la mayor parte de la población y desempeñan la importante función de servir como vehículo de comunicación en el contexto multilingüe. La condición de lenguas oficiales,⁵ establecida en muchos casos desde los tiempos coloniales, favoreció su pronto aprendizaje como segundas lenguas por parte de ciertos sectores de la población amerindia, estos últimos definidos en términos geográficos, grupos de edad, sexo, economía y condición cultural.⁶ Finalmente, no sólo algunos individuos sino comunidades enteras han tenido que optar por las lenguas oficiales para tener acceso a los ámbitos de la vida social y económica que éstas han ido adquiriendo paulatina y

exclusivamente. La pobreza en la que vive la mayoría de los pueblos amerindios los ha obligado a practicar un bilingüismo para subsistir en la "sociedad nacional". Como consecuencia de los diversos procesos de bilingüismo, que lejos de promover una estabilidad en los dos idiomas tiende hacia un monolingüismo en las lenguas mayoritarias, las lenguas originarias del continente han sufrido una considerable disminución tanto en el número de idiomas como en el de sus usuarios, con respecto a la población total de cada país.⁷ Una situación excepcional en el continente es la que prevalece en el Paraguay, país en el que casi toda la población habla la lengua guaraní y un poco menos de la mitad son bilingües español-guaraní.⁸

En la actualidad, el español es la lengua oficial de España y de 18 países

latinoamericanos y cuenta con un número aproximado de 300 millones de usuarios.⁹ En todos estos países, el español o castellano goza de un alto prestigio por su asociación inmediata con procesos modernos de industrialización; lo hablan los residentes de zonas urbanas, se utiliza en los medios de comunicación, en la administración pública, en los instrumentos legales, en la escuela y en el comercio. La variedad regional y social que presenta el español no se considera como un obstáculo insoslayable para que haya intercomunicación entre los miembros de la comunidad hispanohablante ya que, además de las relaciones que existen entre los pueblos, dicha lengua posee un patrimonio literario compartido y un conjunto de instituciones destinadas a darle dirección y estabilidad a la forma escrita.

En cada una de las variedades de la lengua española están presentes, en mayor o menor medida, elementos provenientes de las lenguas americanas. Algunas de las peculiaridades que manifiestan las variedades regionales del español, en la entonación, en los sonidos, en el léxico y aun en la sintaxis, pueden atribuirse a la larga convivencia entre las comunidades hispanohablantes y las indígenas en cada región. A pesar de que los especialistas no coinciden en sus apreciaciones con respecto a las influencias que han ejercido las lenguas amerin-

días en el español hablado en América, un acuerdo común consiste en reconocer que el léxico amerindio se ha convertido, con el tiempo, en una marca de singularidad de las naciones latinoamericanas, en cuya historia tienen vigencia las culturas indígenas.¹⁰

Hoy en día, en el mapa del continente abundan los nombres amerindios en la geografía; con ellos se denominan países, ciudades, pueblos, regiones, montañas y ríos. En el área del Caribe, la mayor parte de los topónimos amerindios proceden de lenguas hoy extintas, pero que quedaron para la posteridad a través de los nombres de países y de regiones, por ejemplo: Cuba, Jamaica, Aruba, Haití y Yucatán. En la parte continental, el paisaje toponímico pone de relieve, en un primer momento, las lenguas generales. La toponimia en lengua quechua abarca tanto la sierra y el altiplano peruano, principal lugar de residencia de este grupo, como los antiguos territorios incluidos en el imperio incaico, y por ello es frecuente encontrar nombres quechuas en regiones que actualmente pertenecen a Ecuador, Colombia, Bolivia y Argentina. Los especialistas pueden reconstruir algunas de las más lejanas incursiones que efectuaron los quechuas a través de los nombres que se conservan para los ríos, por ejemplo: el Putumayo, un afluente del Amazonas, o el Pilcomayo, ubicado en la

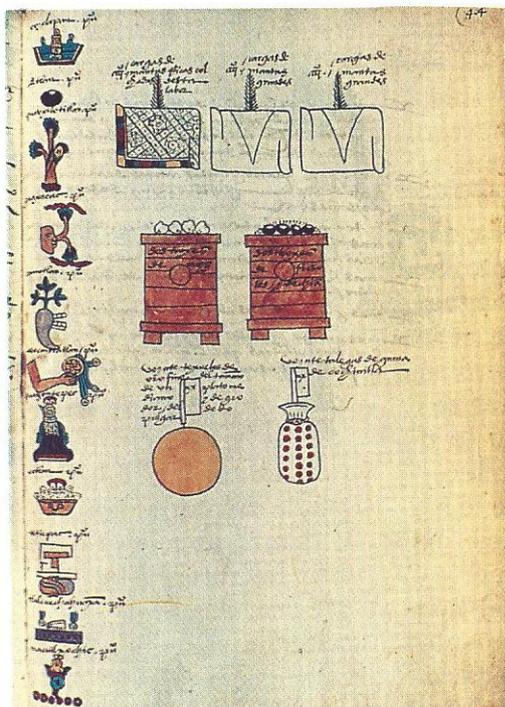
frontera entre Argentina y Paraguay. Igual procedencia tiene el nombre de la región argentina denominada el Chaco, palabra que significa "extensión de tierra sin explotar". Asimismo, numerosos nombres de ríos del Brasil provienen de la lengua amerindia general utilizada por los misioneros y colonizadores portugueses, el tupí-guaraní. A lo largo de la costa brasileña y del Amazonas se encuentran centenares de nombres tupíes: Suruá Pocá, Ipiranga, Jutai, Paranáy, Paranapura, Paranapema. La palabra *para* significa "río o agua" no sólo en el idioma guaraní sino también en arahuaco y quizá en caribe, ahora extintos.¹¹

Los locativos nahuas se esparcen a lo largo y ancho de nuestro país, además de estar presentes en el sur de los Estados Unidos y en los territorios centroamericanos ahora pertenecientes a Honduras, Guatemala, Nicaragua y El Salvador. Encontramos nombres nahuas para denominar montañas: *Popocatepetl* (cerro que humea), *Iztaccihuatl* (mujer blanca); así como para designar lugares: *Chapultepec* (cerro del chapulín o grillo), *Tlalpan* (sobre la tierra), *Tollan* (bajo los tulles), *Ayotlan* (donde abundan las tortugas), *Michuacan* (lugar de los que poseen pescados), *Azcapotzalco* (en donde hay muchas hormigas), *Cuicayan* (lugar donde se canta), *Acapulco* (donde hay cañas gruesas), *Nauhcalpan* (sobre las cuatro casas).

Los nombres de filiación nahua se han fusionado con el español, lo que ha dado como resultado la creación de toponimias híbridas, tales como Limaltepec (cerro de las limas), Liberaltepec (cerro de la libertad), Cortesco (lugar de Cortés), Hidalgotitlán (bajo Hidalgo), Caballocalco (lugar de la casa del caballo). Tampoco resulta extraño que algunos nombres geográficos amerindios estén desfigurados por las adaptaciones que realizaron los primeros colonizadores europeos, por lo cual es difícil reconocer a primera vista las formas originales, por ejemplo: Churubusco (*Huitzilopochco*), Cholula (*Cholollan*) y Cuernavaca (*Cuauh-nahuac*), entre muchos otros.

La determinación del origen de una forma onomástica no siempre resulta una empresa fácil. En el momento de reconstruir el paisaje toponímico de alguna región, los especialistas tienen en mente la posibilidad de que la utilización de un nombre por determinado pueblo no signifique, necesariamente, que éste le sea totalmente propio u original. Por ejemplo, en ciertos casos se ha demostrado que la toponimia actual es una incorporación del nombre ya asignado por anteriores pobladores del lugar y también se han hallado traducciones de nombres dados previamente.

Como ejemplo de las variadas interpretaciones a que se presta la toponimia podemos mencionar las pesquisas



Los locativos nahuas se extienden por todo el país. Aquí, entre otros, los correspondientes a varios pueblos de Oaxaca: Coyolopan, Quauxilotitlan, Guaxaca, Camotlan, Teocuitlatlan, Quatzontepac, Octan, Teticpac, Tlalcuechahuaya y Macuilxochic (Códice Mendocino, f. 44r)

sobre los nombres de México y Tenochtitlan. Ambos poseen una clara filiación nahua; sin embargo, no hay un acuerdo generalizado con respecto a su etimología ni a su significado. Las distintas hipótesis corresponden a las interpretaciones morfológicas de la lengua y sobre la cultura en cues-

tión, las cuales se apoyan en testimonios escritos, tanto coloniales como prehispánicos. Las etimologías que se ofrecen de manera más recurrente para la palabra México han sido: como derivado de *Mexitli*, dios de la guerra, de *mizquitl*, mezquite, de *mexica*, mexicanos, de *meztli*, luna, y de *metl*, maguey. En todos los casos se incorpora el locativo *-co* que significa lugar, pero sólo en los tres últimos exámenes se destaca la presencia de *-xi-*, y se le distingue del morfema que le antecede. En cuanto al morfema *-xi-* se le han asignado distintos significados: ombligo, liebre, abuela. De tal suerte que, entre las interpretaciones del nombre México, destacan las siguientes: lugar del dios de la guerra, lugar del mezquite, lugar del origen u ombligo de la luna o del maguey, lugar de la liebre del maguey, lugar de la abuela del maguey.¹²

Por su parte, los estudiosos que han examinado los jeroglíficos señalan que la representación gráfica correspondiente a la ciudad de México-Tenochtitlan contiene un nopal, y no un maguey, enmarcado en un rectángulo, lo cual despierta mayores suspicacias con respecto al origen del nombre. Si bien para todos los autores la palabra Tenochtitlan es de origen nahua y significa lugar bajo las tunas o piedras redondas, para algunos se trata, en realidad, de la traducción del nombre otomí *bônda*, *bôndo*, *mûndo*, el cual

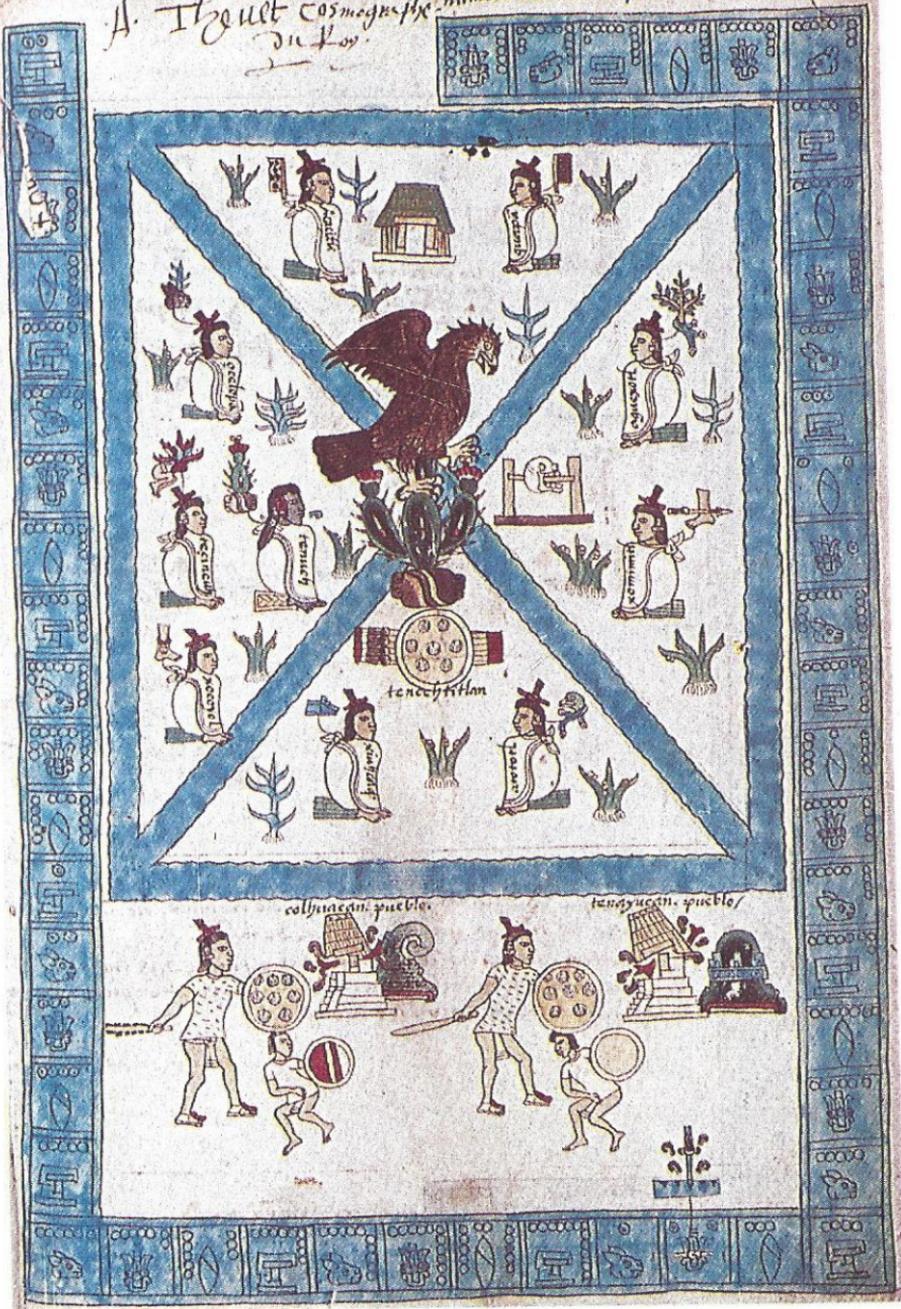
significa nopal. Asimismo indican que los nahuas tradujeron el topónimo ya otorgado con anterioridad por los otomíes, el de *anbondo amadetzana*, es decir ciudad de *Tenochtli*, para distinguir este lugar.¹³

Las ancestrales migraciones de los pueblos nahuas, el predominio de los toltecas durante los siglos X al XII, la extensión que alcanzó el imperio mexicana o azteca durante el siglo XV y los primeros años del XVI, así como la presencia del náhuatl en la vida colonial, son circunstancias de peso que en buena medida explican la amplia difusión de los nombres geográficos en dicha lengua a lo largo de un territorio tan vasto. Sin embargo, es importante hacer notar que la primera impresión de uniformidad no coincide con una descripción más profunda del paisaje toponímico de México, puesto que también es posible reconocer distintas áreas que se encuentran bien delimitadas; tal es el caso de la maya, cuya nomenclatura nos es familiar, con nombres como los de *Uxmal*, *Chichen-Itza*, *Xel-ha*, *Itzimna*, *Tulum*. Lo mismo sucede con la amplia zona puréhpecha

“Aguacate. Lo mismo que esmeralda: y sólo se diferencia en que no es tan perfecta, y en que es de hechura redonda, ó prolongada.”

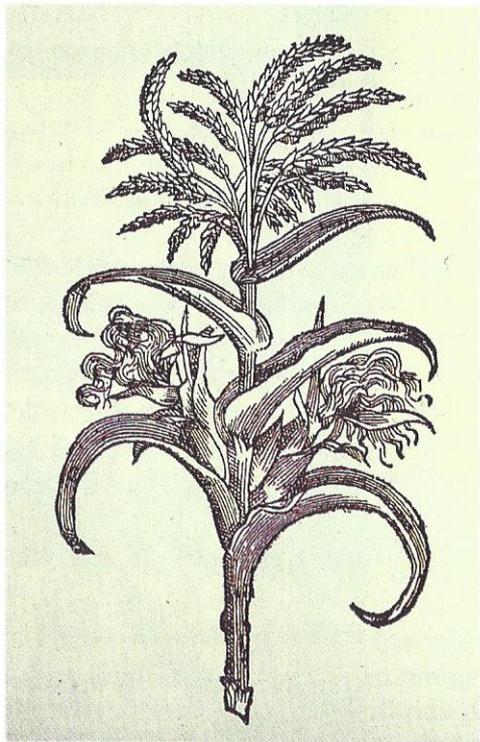
Diccionario de Autoridades [1726], edición facsimilar, Madrid, Gredos, 1990.

A. Ilzet cosmogonice. numero de omes. L. 1.



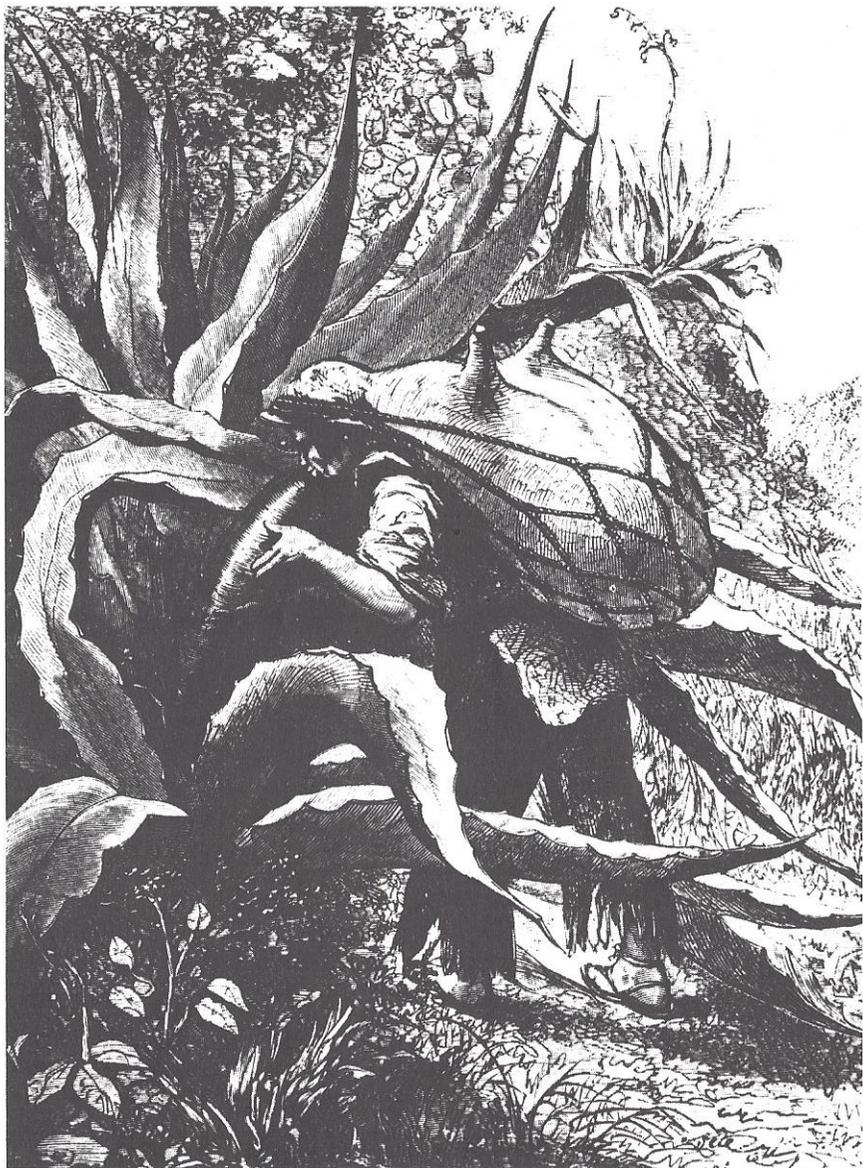
La lectura de la representación de México Tenochtitlan es
controvertida (Códice Mendocino, f. 2r)

Maíz, canoa, maguey
son voces antillanas que
fueron adaptadas muy
pronto a las lenguas europeas
(Francisco Hernández,
"Historia natural
de Nueva España",
en *Obras completas*,
México, UNAM, 1959, t. III, p. 288)



(Gonzalo Fernández de Oviedo,
Historia general y natural de las Indias,
México, Condumex, 1978, f.61)





(Desiré Charnay, *The Ancient Cities of the New World*, Nueva York, Peabody Museum of Archeology and Ethnology, 1973, p. 77)

que posee una onomástica inconfundible y cuenta con nombres como *Patzcuaro*, *Cheran*, *Tzintzuntzan* y *Paricutin*. Las zonas zapoteca y mixteca también mantienen vigente su toponimia; en el primer caso nos encontramos con nombres como *Guelatao*, *Yalalag*, *Lachirioag* y, en el segundo, topónimos como *Siquiñu*, *Nundiche* y *Yosocua*, entre otros. Al lado de estas lenguas que cubren una considerable extensión territorial, existe otro gran universo, cuyas toponimias se restringen a regiones más pequeñas que también han dejado testimonio de su presencia a través de la onomástica americana.

Por otra parte, la nomenclatura americana, especialmente aquella relacionada con la flora y la fauna, la agricultura y la minería, los objetos y las situaciones culturales exclusivas del Nuevo Mundo, quedó plenamente integrada en el habla de la comunidad hispanohablante desde hace varios centenares de años. Voces provenientes de las lenguas antillanas, caribe y arahua-ca, tales como canoa, maíz, huracán, cacique, coa, hamaca, caníbal, tiburón, carey, caoba, ceiba, guanábana, tabaco, naborío, sabana y naguas, fueron rápidamente adaptadas a las lenguas europeas y tuvieron gran aceptación en la literatura. Con suerte similar comenzaron a circular términos propios de las lenguas de los imperios prehispánicos; de origen mexicano podemos mencionar, entre otros,

“Achiote. Arbol grande que hai en la América, cuyo tronco se parece al del limón. Por defuera es verde y roxo, las hojas son semejantes á las del olmo aunque mayores, las flores son del tamaño de una rosa, y de cinco hojas, que empiezan en blanco y terminan en roxo. El fruto es algo mayor que una almendra, rayado por quatro partes, y quando está maduro se abre, y tiene dentro unos granitos mui encendidos semejantes a los de las uvas, los quales son mui útiles para tinturas y otras cosas. Tiene distintos nombres entre los Indianos, pero los Castellanos le tomaron de *Achiotl*, que es voz de la América Occidental.”

Diccionario de Autoridades, op. cit.

los de tomate, cacao, chocolate, chicle, aguacate, elote, jilote, zopilote, coyote, tianguis, petaca, chapopote, papalote, tejamanil y nopal. Y, de origen quechua, pueden citarse: papa, mate, guano, pampa, gaucho, chacra, chacos, llama, vicuña, cóndor, carpa, cancha.¹⁴ Con una extensión mucho menor, también han estado presentes los indigenismos que proceden de otros grupos amerindios con los que la población hispanohablante de las distintas regiones americanas se ha mezclado o ha mantenido un contacto constante. Otros más se han convertido en meras huellas de aquellos idiomas que se hablaron en el pasado. Cabe destacar que, independientemente de la can-

tividad, los indigenismos son parte sustancial del español americano porque dan cuenta de formas y contenidos culturales específicos de cada dialecto del español, y como tales resultan imprescindibles en el momento en que dichas variedades se ostentan como síntesis de la trayectoria histórica de cada nación.

Al ofrecer los diagnósticos sobre el número y filiación de los idiomas amerindios, los especialistas examinan, en una primera instancia, el habla de los distintos pueblos y, sobre esta base, tratan de reconocer las peculiaridades de cada una. Cuando usan el término *lengua* o *idioma* omiten los supuestos que derivan de la existencia de una escritura estandarizada para todos sus hablantes, tal y como sería el caso de las principales lenguas europeas, y en cambio parten de criterios gramaticales, comunicativos y simbólicos. Es decir, para la caracterización de cada idioma amerindio, los estudiosos consideran la forma gramatical de la lengua oral, la fluidez con que se establece la comunicación entre los hablantes que residen en distintos asentamientos, así como los sentimientos de pertenencia a una determinada comunidad lingüística. Como en cualquier otro caso, las lenguas amerindias presentan variaciones geográficas y sociales, denominadas *dialectos*, que al ser agrupadas reciben un nombre genérico para designar la lengua

en cuestión.¹⁵ Cuando se utiliza ese nombre, se tiene en mente que entre los constituyentes del conjunto existen distintos grados de afinidad y que los límites corresponden a los puntos geográficos extremos donde se manifiestan los grados mínimos de inteligibilidad.

En nuestros días, las condiciones de vitalidad de las lenguas de origen americano ofrecen un panorama bastante heterogéneo. Por una parte, podemos señalar que la mayoría de la población hablante de lengua indígena se encuentra concentrada en dos áreas culturales del continente: la mesoamericana que incluye a México, Belice, Guatemala, parte de El Salvador y Nicaragua, y la andina con Ecuador, el sur de Colombia, Perú, Bolivia y el norte de Argentina. En Guatemala y Bolivia los grupos de población mayoritarios están constituidos por hablantes de las distintas lenguas amerindias del lugar.

Según las informaciones internacionales recientes, cuatro idiomas amerindios del continente presentan un número de usuarios superior al millón de personas y cubren amplias zo-

“Dialecto. Idioma, propiedad de cada Lengua e sus voces, explicación y pronunciación. Viene del Griego *Dialectos*.”

Diccionario de Autoridades, op. cit.

nas geográficas que se extienden más allá de las nuevas fronteras políticas. El primer lugar lo ocupa el idioma quechua, hablado por más de siete millones de individuos que habitan en Perú, Bolivia, Colombia, Ecuador y Argentina, y es la lengua oficial de los dos primeros países.¹⁶ En segundo lugar está el guaraní, que cuenta con más de tres millones de usuarios residentes en Paraguay donde, al igual que el español, es la lengua oficial, además de contar con comunidades en Brasil y en Argentina.¹⁷ El tercer lugar lo ocupa la lengua aimara, hablada en Perú y Bolivia, cuyo número de hablantes se calcula en una cifra cercana al millón y medio. Enseguida se encuentra el náhuatl o mexicano, cuya extensión abarca cinco países: México, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, y es hablado por más de un millón y medio de personas. Otros 13 idiomas cuentan, cada uno, con más de 100 mil hablantes (cuadro 1).

La situación de estos 17 idiomas, que en 1990 en conjunto tenían aproximadamente 17 millones de hablantes, contrasta con el estado que guardan otras lenguas del continente. Como ejemplos extremos podemos mencionar el multilingüismo que priva en Canadá, en donde ninguna de las 50 lenguas indígenas tiene más de 500 usuarios. El otro caso es el de las 170 lenguas amerindias del Brasil que representan apenas el 0.2 por ciento de la pobla-

Cuadro 1
Algunas lenguas con mayor número de usuarios en América

<i>País</i>	<i>Lengua</i>	<i>Hablantes</i>
CHILE	Mapudungu	
	(Araucano)	400 000
GUATEMALA	Quiché	800 000
	Cackchiquel	400 000
	Kekchi	250 000
	Mam	250 000
MÉXICO	Maya yucateco	500 000
	Zapoteco	500 000
	Mazahua	350 000
	Totonaco	270 000
	Mixteco	250 000
	Otomí	220 000
	Mazateco	120 000
Tzotzil	110 000	

FUENTE: Merritt Ruhlen, *A Guide to World's Language. Classification*, Stanford, Stanford University Press, vol. 1, 1987.

ción total; ninguna tiene un número mayor de mil hablantes.¹⁸

Con excepción del guaraní, los demás idiomas indoamericanos, tomados individualmente, tienen en común el hecho de ser numéricamente minoritarios en el contexto plurilingüe de los países donde se localizan. En todos los casos, los factores sociales son los que han determinado el desuso o la pérdida de la lengua amerindia. La extinción de muchos idiomas pudo tener como causa la desaparición de los grupos y, en otras ocasiones, el hecho de que los mismos hablantes dejaran de usarlos, generalmente después de una etapa bilingüe de transición. Sin embargo, es necesario enfatizar que ese desuso

nunca se ha debido a la naturaleza intrínseca de las lenguas, puesto que, como cualquier otro caso, se trata de sistemas gramaticales y simbólicos que pueden satisfacer plenamente las necesidades de sus usuarios.

Además de los cambios lingüísticos ocasionados por las transformaciones económicas y sociales que se dieron en las sociedades indias por el contacto con Occidente, también debemos considerar otro hecho: la vigencia de un imperialismo lingüístico, asociado a la escritura latina. Este proceso, que se inició hace quinientos años, ha contribuido notablemente a exacerbar la condición subordinada de las lenguas amerindias.¹⁹ Al reconocer ese imperialismo, queremos destacar que la colonización no implicó únicamente la imposición de las lenguas europeas en América sino que también dio entrada a una mentalidad distinta en cuanto a la delimitación del espacio geográfico, el cual, a partir de entonces, se organizó según la memoria y los símbolos de los conquistadores, haciendo caso omiso de la manera como los propios pueblos amerindios concibieron históricamente la idea de territorialidad. Por ejemplo, se impusieron términos como imperio, nación y pueblo, haciéndolos equivalentes a los europeos.

Podemos decir que la escritura latina es, desde entonces, uno de los soportes de esta innovación en la construcción social del territorio americano.

Esta particular tecnología, mediante la cual se homogeneizaron las lenguas nacionales europeas, coadyuvó a su establecimiento en el poder y, al mismo tiempo, demarcó los territorios americanos conquistados. Ante la imposición generalizada de la escritura latina, los antiguos sistemas de registro americanos (piénsese en los quipu de los Andes o en los jeroglíficos de Mesoamérica) fueron cayendo paulatinamente en el olvido, quedando por último excluidos de la historia tanto los acontecimientos como las lenguas que no pasaron por la criba de los caracteres latinos.²⁰

La visión occidental de la lengua escrita contrasta con aquella que presentan la mayoría de los pueblos amerindios aún hoy en día. En estos últimos, la lengua misma, y no necesariamente la letra, es el lugar donde pervive la construcción social de sus respectivos territorios. Y por ello podemos decir que los idiomas amerindios, en lo fundamental orales, mantienen plenamente su espíritu gregario en la actualidad. En efecto, son las lenguas indígenas las que intervienen, junto con otros factores, en la construcción de un sentimiento de pertenencia grupal que, en ocasiones, se circunscribe a espacios muy reducidos, dentro de un solo poblado o comunidad y, en otros casos, puede integrar vastos conjuntos humanos bajo una sola denominación como grupo étnico.

Las comunidades lingüísticas y las lenguas que existieron en el continente hace cinco siglos no marcharon inexorablemente por un mismo derrotero. Los lazos que las integraban se han modificado y, en consecuencia, la división dialectal que presentan actualmente es distinta a la que tenían las lenguas en el pasado remoto. Pese a los grandes esfuerzos hechos por los especialistas, en la actualidad no sabemos con exactitud cuál era el número de lenguas en el momento de la conquista, ni tampoco conocemos los límites precisos y el número de integrantes de aquellas comunidades lingüísticas. Las pesquisas que intentan reconstruir la composición del multilingüismo en el siglo XVI han enfrentado varios obstáculos, entre otros, la ausencia de fuentes escritas y la vaguedad con la que los actores e instituciones de aquella época se refieren a la diversidad étnica y lingüística. Hasta hace pocos años, los estudios señalaban que en México había 147 lenguas en el momento del contacto con Occidente;²¹ pero investigaciones más recientes en las cuales se ha hecho acopio de mayor información, indican que muy probablemente el número era más elevado puesto que, según un escrupuloso estudio de las fuentes primarias, habían desaparecido cerca de 113 lenguas al inicio del siglo XVII. Los especialistas han podido clasificar 48 de esas lenguas ahora extintas,

pero no les ha sido posible reconocer satisfactoriamente las características gramaticales de otros 65 idiomas que se encuentran mencionados en los textos antiguos.²² Asimismo, indican que esas cifras son apenas aproximativas, pues es necesario recabar y examinar más información, así como afinar los procedimientos para el análisis. Además de la lingüística, otras disciplinas como la historia y la etnografía han mostrado especial interés por delimitar el número y filiación de las lenguas amerindias; sin embargo, es frecuente encontrar opiniones divergentes entre los autores. Una de las razones de esa discordancia es que no coinciden las evidencias sobre las que ha trabajado cada grupo de especialistas, en las distintas épocas. Como ejemplo de posibles interpretaciones sobre el número de lenguas, podemos mencionar las distintas estimaciones que para México hicieron los pioneros en estos campos. Los historiadores y los etnógrafos decimonónicos calcularon 182 lenguas, después de haber depurado la información que ofrecen los registros eclesiásticos y civiles. Sin embargo, en múltiples ocasiones no aclararon si los nombres que presentaban correspondían a las variantes dialectales de una misma lengua, o si la denominación registrada para la lengua era la que concernía, en estricto sentido, al nombre otorgado al grupo étnico en cuestión. Por su parte,

los lingüistas que trabajaron el mismo periodo hicieron un cálculo de 108 lenguas.²³ Esta última cifra se basaba en la comparación de la estructura de cada lengua, resultado del cotejo que se hacía de los textos religiosos y gramaticales escritos por los misioneros, así como de las listas de palabras elaboradas posteriormente. Resulta claro que, en este último caso, quedaron excluidas del recuento las lenguas que no poseían, o sobre las cuales no se encontró en ese momento, algún tipo de testimonio.

Es importante insistir en el hecho de que no en todos los casos se tiene información suficiente para determinar con exactitud cuáles serían los límites en el espacio y en el tiempo entre los dialectos y entre las lenguas. Cuando los lingüistas y filólogos de antaño no contaban con textos en escritura alfabética²⁴ de alguna lengua procedían a través de inferencias secundarias, es decir, coligiendo los indicios que ofrecían las informaciones de las lenguas vecinas. En ocasiones también sirvieron de guía las opiniones expresadas por los propios hablantes con respecto a la posibilidad y las dificultades que representaba la comunicación con los miembros de otros pueblos. Otras veces, los juicios expresados por los misioneros o los viajeros fueron considerados dignos del mayor crédito. Aún en la actualidad el punto de vista de los hablantes sobre el grado de com-

prensión y comunicación que mantienen con los poblados vecinos y distantes, continúa teniendo un gran valor para delimitar cuáles son las fronteras entre las lenguas y las comunidades lingüísticas.

CLASIFICACIÓN DE LAS LENGUAS INDÍGENAS

La amplia gama que ofrecen las formas de pensamiento y de la comunicación de los grupos humanos ha sido objeto de estudio por parte de etnógrafos, lingüistas e historiadores, quienes durante los últimos dos siglos han tratado de reconocer las especificidades temporales y espaciales que presentan los grupos étnicos del orbe, al tiempo que han buscado reconstruir la unidad en el género humano. Con tales objetivos, han recurrido a la comparación, principal procedimiento analítico para determinar las semejanzas y las diferencias tanto lingüísticas como culturales.

La lingüística ofrece la posibilidad de alcanzar los dos objetivos antes mencionados, puesto que el lenguaje es un fenómeno común a la humanidad y específico de las sociedades. Se ha pensado que mediante su examen sería factible establecer las diferencias, para después asirlas y reencontrar la unidad en el hombre. La naturaleza universal del lenguaje es un hecho

aceptado biológica y socialmente, al manifestarse desde el momento mismo en que el hombre es un ente dotado de los medios necesarios para sobrevivir en sociedad. Asimismo se ha destacado que la diversidad en el lenguaje se debe fundamentalmente a su circunstancia histórica, ya que el lenguaje sólo puede materializarse en lenguas particulares. Cada una de las lenguas participa del destino de la comunidad de sus usuarios, quienes la recrean de manera permanente por ser ésta el medio por excelencia para expresar las ideas y poner en práctica la interacción cotidiana entre individuos. Cuando la literatura especializada usa el término *cultura* se refiere, principalmente, a los conocimientos adquiridos en sociedad. Una de las grandes expectativas del investigador consiste en sacar a la luz, en descubrir, los conocimientos —un saber cómo y un saber qué—, los cuales debe tener en mente cualquier miembro de la comunidad para desenvolverse e interactuar de manera satisfactoria.²⁵ Es evidente que para tener acceso a todo ello, es imprescindible el conocimiento de la lengua del grupo: forma *sui generis*, mediante la cual cada pueblo e individuo analiza y expresa su propia experiencia. La posibilidad de discernir y dominar los elementos lingüísticos y su respectivo significado es, en efecto, la puerta de entrada al universo cultural de cualquier gru-

po, sea étnico o social, contemporáneo o pasado.

Desde hace mucho, los estudiosos de la etnografía consideraban que las lenguas constituían una de las mejores evidencias para delimitar las fronteras entre las poblaciones, al juzgar que “de todos los aspectos culturales que identifican y caracterizan a una comunidad, la lengua es uno de los más profundos”.²⁶ Asimismo reconocían que se trata de fenómenos mutables, en razón de la dependencia que mantienen con el devenir de sus usuarios y, por ello, nos permiten un segundo señalamiento: “las lenguas siempre cambian, y en un periodo que puede comprender pocas generaciones o miles de años una comunidad puede desplazar una lengua en favor de otra”.²⁷

El reconocimiento de las semejanzas entre las estructuras gramaticales de las lenguas ha permitido proponer y corroborar hipótesis sobre las relaciones genéticas entre los pueblos del globo, aun en el caso de los grupos más distantes. Con base en estas evidencias, se determinaron los distintos asentamientos que ocupó un grupo, así como el momento en que dos o más de ellos entraron en contacto. Recordemos, por ejemplo, los inicios del trabajo comparativo que tuvo lugar a fines del siglo XVIII, mediante el cual fue posible comenzar la reconstrucción sistemática de los contactos entre los pueblos europeos y asiáticos.

Todo esto se efectuó gracias a la localización y al estudio de los textos antiguos encontrados en la India, mismos que ya permitían hacer distinciones sobre la forma gramatical y fonética del sánscrito, lengua ya extinta para entonces. La comparación con otros textos pertenecientes a distintos estadios de las lenguas indoeuropeas hizo posible la reconstrucción de las lenguas integrantes de dicha familia.

De igual manera, los trabajos etnográficos y lingüísticos que se iniciaron desde el siglo pasado han sacado a la luz distintas hipótesis sobre la composición del universo lingüístico americano. Los meritorios resultados actuales son producto de un trabajo de largo aliento, pero aún no se establecen conclusiones definitivas en todos los casos. Una de las mayores limitaciones para el conocimiento de la prehistoria del multilingüismo americano ha sido la ausencia de textos en escritura fonémica latina que tengan una antigüedad mayor a los quinientos años. Para algunos autores, éste es el único tipo de registros que permite reconstruir con certeza el proceso de evolución de las lenguas, mediante leyes de correspondencia fonéticas regulares entre los miembros de una misma familia. No obstante los enormes avances de los métodos actuales de reconstrucción histórica, los cuales han hecho distintas propuestas para agrupar genéticamente a las lenguas, los textos

escritos en letra latina son fuentes que nos permiten el acceso a información sobre la forma gramatical de un buen número de idiomas hoy extintos y a las noticias relativas a estados anteriores de los idiomas que se hablan en el presente.

Las hipótesis más recientes están dirigidas hacia el establecimiento de una ascendencia común entre los pueblos que actualmente se encuentran asentados en territorios alejados. A manera de ejemplo podemos mencionar las reconstrucciones que se han propuesto para el grupo *hokano*. Un conjunto de lenguas pertenecientes a este grupo se localiza en los Estados Unidos, mientras que en el territorio mexicano se encuentran el cochimí, el kukapá, el kiliwa y el paipai, habladas en el estado de Baja California. Para algunos especialistas, estos dos conjuntos de lenguas están relacionados genéticamente con la lengua seri, que se habla en Sonora, y con la lengua tequistlateca, también llamada chontal, que se emplea en el estado de Oaxaca. Otros autores incluyen en el mismo grupo a la lengua jicaque, hablada en Honduras. Hay quienes, además, incorporan en la misma familia a la lengua yurumanguí, localizada en la costa occidental colombiana.²⁸ Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo con estas tres últimas propuestas. Otra hipótesis novedosa y que también está en discusión consiste en la

inclusión de la lengua tarasca o purépecha, hablada en Michoacán, y del cuitlateco (lengua extinta, que se empleaba en el estado de Guerrero) en el subgrupo de lenguas *chibchanas*, la mayoría de las cuales se localiza en América del Sur.²⁹ De tal suerte, los estudios tipológicos actuales tratan de demostrar que estas dos lenguas de México presentan una mayor analogía con lenguas situadas en territorios muy alejados que con las vecinas del ámbito mesoamericano. En contraste, otros autores proponen una relación genética entre el tarasco y el grupo macromayo, así como con el quechua.³⁰

En los estudios comparativos continúa vigente el propósito de establecer conjuntos afines, pero el horizonte de la comparación es ahora mucho más ambicioso que el de antaño. La amplia gama de procedimientos que se llevan a cabo actualmente ha dado como resultado un variado espectro de clasificaciones lingüísticas: a) la geográfica, que agrupa a las lenguas bajo un criterio espacial y nos brinda un diagnóstico por regiones; b) la genética, que hace un ordenamiento temporal de las lenguas provenientes de un antepasado común y nos ofrece una distribución por familias; c) la tipológica que, siguiendo un procedimiento sincrónico, organiza las lenguas a partir de la concordancia estructural —fonológica, léxica, gramatical y etimológica—,³¹ independientemente

de la proximidad espacial de las lenguas, y proporciona una clasificación genealógica basada en tipos gramaticales; d) la areotipológica, que combina tanto los criterios espaciales como los temporales y explica los rasgos compartidos por dos o más lenguas como fenómenos de difusión, estableciendo con ello, finalmente, áreas lingüísticas.³²

Los resultados que nos ofrece cada propuesta son diferentes no sólo en cuanto al número sino también con respecto a la concepción de las relaciones estructurales que deben tenerse en cuenta al establecer una ascendencia común entre las lenguas. Por ejemplo, en las clasificaciones genéticas recientes se estima que en América se distinguen entre 145 y 200 familias independientes.³³ Por su parte, los partidarios de los estudios tipológicos hacen una estimación distinta, pues sostienen que el universo americano puede agruparse, en última instancia, en tres grandes grupos o *phila*: el *esquimo-aleuta* (parte de la familia euroasiática), el *na-dene* (lenguas localizadas en el extremo norte del continente y Groenlandia) y, finalmente, el *amerindio*.³⁴

La gran pregunta acerca del origen único o múltiple de las lenguas del orbe y, en consecuencia, la interdependencia de las americanas con el resto de los idiomas o la posible situación de autonomía, todavía está en la

mente de los investigadores y hasta ahora se continúa trabajando en la fundamentación de las dos hipótesis. Los partidarios de las clasificaciones genéticas señalan que hasta el momento sólo se ha podido demostrar la existencia de un amplio número de familias puesto que sus resultados tienen como sustento un seguimiento estricto de los cognados, es decir, de las lenguas emparentadas.³⁵ Los tipólogos, en cambio, sostienen la tesis monogonética, y hasta ahora han fijado 12 *philum* para la totalidad de las lenguas del orbe³⁶, uno de ellos denominado amerindio.³⁷ No obstante las expectativas de sendos planteamientos, tanto el genético como el tipológico, cada uno se cruza permanentemente con nuevas concepciones, así como con metas intermedias en los análisis que llevan a cabo.

Los presupuestos para analizar las lenguas se han modificado notablemente en los dos últimos siglos. Las primeras clasificaciones de las lenguas amerindias se remontan a los albores del siglo XIX y fueron expuestas en los primeros atlas mundiales publicados en Europa. Por su parte, los etnógrafos y filólogos americanos iniciaron sus trabajos de manera simultánea. Los resultados que presentaron John W. Powell, en *Linguistic Families of North America* (1890) y Daniel Brinton, en *American Race* (1891), fueron la culminación de este

primer periodo de trabajo emprendido por los especialistas a lo largo del siglo pasado.

Los estudiosos mexicanos contribuyeron a la consecución de estas obras con dos clasificaciones sobre su universo particular. Se trata de *La geografía de las lenguas de México. Precedida de una clasificación de las mismas lenguas y apuntes de las migraciones* (1857-1864), escrita por Manuel Orozco y Berra, y *El cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México* (1862-1875), de Francisco Pimentel. Ambos trabajos, el primero de carácter filológico y el segundo etnográfico, fueron considerados en su momento como los estudios más exhaustivos sobre las lenguas amerindias de México.

Con base en un escrupuloso examen del contenido de las fuentes geográficas e históricas que se tenían a la mano, y confrontando lo dicho por los etnógrafos europeos y norteamericanos contemporáneos, Manuel Orozco y Berra determinó que en México se habían registrado un total de 182 "hablas" —lenguas y dialectos—. Ese autor pudo reconocer 11 familias, cifra que incluía 35 idiomas y 69 dialectos. Los 78 idiomas restantes, aunque fueron mencionados en las fuentes históricas, no se conocían satisfactoriamente. Con este último dato señalaba dos situaciones diferentes: por una parte, había 16 idiomas sin clasificar, cuyos nexos

con el resto se desconocían y, por la otra, también había 62 idiomas "perdidos", cuyos datos eran insuficientes. Pese a su expectativa inicial y a las novedades que sacaba a luz mediante su original ordenamiento, Orozco y Berra reconoció que, con los datos recabados hasta ese momento, no podía demostrar la ascendencia común de los pueblos amerindios de México.

Con la misma metodología y presupuestos que se habían utilizado para el estudio de las lenguas indoeuropeas y las de los Estados Unidos de Norteamérica, Francisco Pimentel determinó los distintos tipos de estructuras gramaticales que presentaba el universo de lenguas indoamericanas de México. Al realizar su trabajo, Pimentel tenía la esperanza de encontrar en dichas estructuras una información más fidedigna que la ofrecida por las narraciones históricas sobre los orígenes y la afinidad entre los pueblos. Este investigador estaba convencido de que la clasificación de las lenguas le permitiría conocer una época prehistórica de las naciones, que era imposible abordar a través de los testimonios escritos. Finalmente, sus resultados lo llevaron a desechar la hipótesis de un origen único de las naciones americanas.

Francisco Pimentel hizo una clara distinción respecto a los alcances de su investigación. Los nombres de las lenguas no eran equivalentes, necesari-

amente, a los nombres y el número de grupos indígenas que se mencionaban en los textos históricos o en los recuentos censales. En la delimitación de cada lengua y dialecto, confrontó cuidadosamente su estructura gramatical y determinó, para cada caso, cuál era su tipo morfológico así como el parentesco lingüístico que guardaba con las demás. Por lo tanto, la clasificación que presentó difiere de la que hizo Orozco y Berra, pues este último autor recuperó los resultados de la etnografía y privilegió la información contenida en las fuentes históricas.

A partir de una selección de los escritos adecuados para sus propósitos (gramáticas, vocabularios, listas de palabras y textos religiosos uniformes, como el Padre Nuestro), Francisco Pimentel realizó una clasificación genealógica en la que incorporó las lenguas del Norte que habían pertenecido al antiguo territorio de la Nueva España y algunas lenguas de Centroamérica que otros autores habían relacionado con las de México. Determinó que en 108 casos existía una especificidad léxica y gramatical. En algunos casos reportó las variedades regionales, denominadas dialectos, apoyado en la información contenida en los textos o en lo que decían al respecto, explícitamente, los reportes de los misioneros. Posteriormente ordenó esos idiomas en 19 familias lingüísticas. Esa clasificación también atendió a la variedad

de tipos que presentaban las lenguas amerindias en cuanto a los procesos de composición de las palabras y las oraciones, independientemente de su relación genética, lo cual llevó a Pimentel a establecer cuatro órdenes gramaticales distintos en el interior de este particular universo lingüístico.³⁸

La generación de antropólogos y lingüistas que se dedicaron a la clasificación lingüística en el presente siglo, emitió opiniones distintas a las de los autores decimonónicos. Alfredo Trombetti (1905) y Paul Radin (1919) propusieron la hipótesis de un origen común. Por su parte, Franz Boas explicó que la difusión era la principal causa de las afinidades que se habían encontrado entre lenguas americanas muy distantes.³⁹ Edward Sapir se mantuvo escéptico con respecto al planteamiento monogenético ya que, según los resultados de la arqueología y la paleontología de la época, el poblamiento de América se remontaba apenas a 10 mil años atrás. Desde su punto de vista, este periodo no era suficiente para generar la gran variedad de lenguas americanas, cuyo número calculaba en 1 500 para el momento del contacto con Occidente.⁴⁰

De acuerdo con la clasificación que realizó el mismo Sapir en 1929, las lenguas americanas se dividen en diez grandes grupos lingüísticos, y se les suman dos familias lingüísticas independientes. Las lenguas de México

se ubicaron dentro de los siguientes grupos: *penutiano* (mixe, zoque, tapachulteco, huave); *hokano* (seri, tequislateco o chontal, coahuilteco y, de manera hipotética, incluía el maya); *aztecotaño* (náhuatl, e hipotéticamente también el cuitlateco y el tarasco); *mixteco-zapoteco-otomiano* (mixteco, amuzgo, zapoteco, cuicateco, otomí, mazateco, chiapaneco-mangue, chinanteco). El totonaco quedó en el rubro de lenguas sin clasificar.⁴¹

Con una idea distinta a la de Sapir acerca de la prehistoria y con base en un nuevo planteamiento denominado glotocronología, en el cual se hace un cálculo del cambio léxico en un mínimo de siglos para determinar la fecha probable en que se dividieron las lenguas emparentadas, Mauricio Swadesh trajo de nuevo a la mesa de discusión la tesis monogenética. Este procedimiento se oponía a las divisiones absolutas representadas en los árboles genealógicos, ya que no podía imaginarse que la fragmentación de las lenguas pudiera producirse de manera súbita. Por lo tanto, como forma de interpretación del cambio, ese autor propuso la reconstrucción de las afinidades entre macro-grupo, grupos, familias y lenguas, bajo un esquema de redes en el cual un buen número de diferencias fueron concebidas como continuaciones de hablas que antes constituían variaciones regionales de un mismo idioma; mien-

tras que los cambios abruptos hallaban explicación a través de los movimientos migratorios o, por el contacto, entre pueblos con lengua muy distinta.⁴²

Swadesh estableció cuatro macrogrupos para diferenciar el universo de las lenguas de México: *mixteco*, *maya*, *yumano* y *nahua*, y propuso una cronología mínima de cincuenta siglos para la separación de cada macrogrupo. En contraste, para el caso de la división en dialectos hizo un cálculo mínimo de cinco siglos. Además, trató de relacionar estos macrogrupos con otros que se localizan tanto en América como en los demás continentes. Con este modo de asir la diversidad, Swadesh estimó que la fecha probable de surgimiento del “primer idioma” se ubicaba hace 100 mil años,⁴³ y propuso que “las lenguas americanas no se formaron aisladamente, sino en condiciones de contacto con las del Viejo Mundo. El poblamiento de América y la diferenciación lingüística se habrían desarrollado simultáneamente”.⁴⁴ El examen de los idiomas americanos debía efectuarse a la luz de las leyes universales del cambio, y así también era necesario tener en mente los fenómenos migratorios y de difusión lingüística mundiales.

La propuesta clasificatoria de Swadesh tuvo como antecedentes los trabajos de Miguel Othón de Mendizábal, Wigberto Jiménez Moreno y las modificaciones posteriores de Evangelina

Arana. Los dos primeros autores habían elaborado ya dos mapas o “Cartas”; la primera, valiosa por la localización de las lenguas, se publicó en 1937. Esa Carta recogía los resultados de los especialistas mexicanos y extranjeros del siglo XIX y de los albores del XX, pero no incluía las conclusiones de sus contemporáneos, entre ellas las de E. Sapir. La segunda Carta, elaborada en 1938 y publicada después, sí contiene información actualizada y, por lo tanto, recupera los estudios elaborados por Swanton, Kroeber, Dixon, Schmidt y Sapir.⁴⁵ Esta misma clasificación de Mendizábal y Jiménez Moreno comprende cinco grandes grupos lingüísticos amerindios: *na-dene*, *siux*, *hocano*, *taño-azteca*, *olmeca-otomangue*, *zoque-maya*; dos familias independientes: *guaycura-pericú* y *tarascanas*; una lengua existente no clasificada, *cuiclateca*, y 32 lenguas desaparecidas, sumando un total de 125.⁴⁶

Recientemente han salido a luz varias clasificaciones sobre las lenguas de México. A través de un procedimiento genético, Terrence Kaufman presentó en 1974 una clasificación que aglutina las lenguas de Mesoamérica en 21 grupos mayores, con las siguientes familias: *yutonahua*, *mazateca*, *mixteca*, *zapoteca*, *mixe-zoque*, grupo *chinanteco*, *totonaca*, *mayance*, *estirpe otopame*. Asimismo, ese autor indicó que otro conjunto de lenguas aún no se ha podido incluir en una fami-

lia. Tal es el caso del cuitlateco, el seri, el tarasco, el grupo tequistlateco o chontal de Oaxaca, el complejo tlapaneco y el grupo huave.⁴⁷

Por su parte, Jorge Suárez presentó en 1983 un diagnóstico distinto de las lenguas localizadas en el área mesoamericana. Se trata de una clasificación basada en las afinidades y variedades que presentan sus estructuras —fonológicas, tonales, morfológicas y sintácticas—, que incluye también una primera distribución tipológica gruesa de las mismas lenguas. Como resultado, ese autor ofrece el análisis de 89 lenguas distribuidas en 30 familias, las cuales conforman 14 grupos lingüísticos mayores.⁴⁸

Del mismo modo, se han publicado otras clasificaciones siguiendo los aspectos sustanciales de las ideas expresadas por Swadesh con respecto a las maneras de ubicar geográfica y temporalmente los cambios lingüísticos. En tal sentido, la incorporación de más información acerca de las estructuras de las lenguas y su análisis ha permitido que Leonardo Manrique proponga que en México se reconozcan, al menos, 14 familias lingüísticas, como se muestra en el cuadro 2.

siguiendo un punto de vista tipológico multilateral, Joseph Greenberg ha incluido a todas las lenguas de México dentro de tres troncos o *stocks*⁴⁹ pertenecientes al *filum amerindio*. En el *tronco californiano* se encuentran dos

grupos: el *peneutiano-mexicano* (huave, las lenguas del grupo maya, las del grupo mixteco-zapoteco y totonaco) y el *hocano* (seri, tequistlateco o chontal, y coahuilteco). En el *tronco amerindio central* se encuentran dos grupos: el *otomangue* (amuzgo, chiapaneco, chinanteco, ixcateco, mangue, mazahua, mixteco, otomí, pame, popoluca y zapoteco); y el *uto-azteca* (cora, mexicano azteca, náhuatl, ópata, pápago, pima, tarahumara, varogío y yaqui). Por último, están las lenguas comprendidas en el *tronco chibchano-paezano* (cuitlateco y tarasco).

Las clasificaciones que se han realizado hasta ahora muestran el gran interés que existe por comprender tanto la unidad como la diversidad en el lenguaje. Sin embargo, la delimitación de las fronteras entre las lenguas y de las variaciones internas de éstas es un proceso que no puede llevarse a cabo exclusivamente a través de la caracterización y comparación de sus respectivas estructuras gramaticales. Tal imposibilidad se debe, en lo fundamental, a dos órdenes de problemas; uno relacionado con la naturaleza heterogénea de la lengua, siempre conformada por variedades y, el otro, que tiene que ver con la noción de que la lengua abarca la dimensión tanto estructural como las de índole política, social y cultural.

En cuanto al primer punto, podemos señalar que entre las variantes lin-

Cuadro 2
Clasificación de las lenguas de México según L. Manrique

Familia	Lenguas
Hocano-Coahuilteca	Paipai, kiliwa, cucapá, cochimí, seri y tequistlateco o chontal de Oaxaca.
Guaicura y Pericú	Guaycura y pericú, hoy extintas.
Chinanteca	Ojiteco-usileño y otras lenguas chinantecas.
Otopame	Pame del norte, pame del sur, chichimeca-jonaz, otomí, mazahua, matlatzinza y ocuilteco.
Oaxaqueña	Mixteco, cuicateco, trique, amuzgo, tres grupos zapotecos, mazateco, ixcateco y chocho o popoloca.
Huave	Huave.
Mangueña	Mangue, hoy extinta.
Totonaca	Totonaco y tepehua.
Mixe	Mixe, zoque y popoluca.
Maya	Huasteco, maya peninsular que incluye el yucateco y el lacandón, chol, chontal, tzeltal, tzotzil, tojolabal, mam, teco y motocintleco.
Yutoazteca	Pima alto, tepehuán o tepecano, tarahumara-varohío, cahita que incluye yaqui y mayo, cora, huichol y náhuatl.
Cuitlateca	Cuitlateco, hoy extinta.
Algonquina	Kikapú.
Tarasca	Puréhpecha.
Tlapaneca	Tlapaneco.

FUENTE: Leonardo Manrique, *Atlas cultural de México. Lingüística*, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Planeta, 1988.

güísticas no hay separaciones tajantes, sino que éstas funcionan y circulan a manera de un *continuum*. Los resultados que ofrecen las pruebas de inteligibilidad entre los usuarios no siempre son compatibles del todo con los resultados de los exámenes estructurales. Piénsese, por ejemplo, que en las clasificaciones bajo los rubros "lenguas nahuas" o "lenguas zapotecas" se encuentra presente la interrogante acerca de los grados de comprensión, así como también sobre el número de los dialectos dependientes de cada una

de ellas. Igualmente, en el rubro "yaqui y mayo, dialectos de la lengua cahita" está abierta la discusión de si se trata de dos lenguas autónomas, tal y como lo manifiestan los propios hablantes, o de una sola, ya que las dos variantes presentan ostensibles similitudes estructurales que bien permitirían señalar que se trata de una sola lengua.

Para la caracterización de una lengua o de una comunidad lingüística es preciso considerar que, en su constitución, intervienen decisiones de na-

turalosa cultural y política que tienen que ver con la manera como se organizan e identifican sus hablantes. En determinadas circunstancias la situación de dependencia de los dialectos puede cambiar hacia una nueva condición de autonomía y, en otras, es posible que se exacerben las diferencias a causa de la disolución de los lazos y contactos entre los miembros y de lo que fue, en un pasado, una comunidad de lengua.⁵⁰ La transformación permanente de las lenguas es un hecho que compete a la condición sociopolítica de sus hablantes, siendo que la unidad o variedad de éstas se asocia siempre a las entidades político culturales: grupo étnico, nacionalidad y nación.⁵¹

DISTRIBUCIÓN DE LAS LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO

En el México actual, las mayores concentraciones de hablantes de lenguas indígenas se localizan al este del meridiano 100 grados de longitud oeste de Greenwich y al sur del Trópico de Cáncer, entre los paralelos 14 grados y 22 grados de latitud norte. Esta extensión abarca vastas regiones, cuyos límites comprenden zonas ubicadas en los actuales estados de Nayarit, Guanajuato, San Luis Potosí y Veracruz, hacia el norte, y los estados de Yucatán, Quintana Roo, Chiapas y Oaxaca, hacia el sur. La mayoría de las comunidades lingüísticas amerindias se

asienta en pequeñas localidades, ubicadas frecuentemente en terrenos inhóspitos y de relieves accidentados en donde predominan sistemas montañosos y pequeños valles intermontanos, resultando escasas las modernas vías de comunicación. Es en este tipo de asentamientos donde se encuentran los índices más altos de monolingüismo indígena. Otro importante conjunto de población hablante de lengua indígena vive en las áreas urbanizadas y zonas metropolitanas, o también cerca de ellas. En contraste con el primer grupo, se observa un proceso de bilingüismo mucho más pronunciado en la población indígena que reside en las ciudades de México, Puebla y Guadalajara, o en su entorno.⁵²

La distribución actual de los idiomas localizados en el centro y sur de México coincide, en gran medida, con la que tenían los grupos lingüísticos sedentarios de Mesoamérica en el momento del contacto con Occidente. Si bien a través de testimonios se puede comprobar que varias lenguas de estas zonas han desaparecido, y algunas en tiempos muy recientes como es el caso de la chiapaneca y de la pochuteca, esta extensa área continúa caracterizándose por concentrar la mayor riqueza lingüística del país; ahí se localizan las comunidades lingüísticas amerindias numéricamente mayoritarias —náhuatl, otomí, totonaca, zapoteca, mixteca, maya, mazateca y

total—, junto a las cuales convive otro importante conjunto de lenguas comparativamente menores.

En cambio, el número y distribución de las lenguas del Norte y Occidente se han transformado de manera radical desde el inicio de la colonización europea de estos amplios territorios. Las prácticas de exterminio llevadas a cabo entre las dispersas tribus nortañas, el número reducido de sus integrantes, los intentos por sedentarizarlas, las arrasadoras epidemias, los trabajos forzados y la fusión con otros grupos, mesoamericanos y mestizos, tuvieron como consecuencia una violenta reducción de las lenguas de estas dos zonas.⁵³ Con las lenguas que actualmente se hablan en el norte de México, como es el caso de la tarahumara, yaquí y mayo, convivían tiempo atrás muchos otros idiomas, como por ejemplo, el comanche, concho, jova, cotoname, come crudo, pelón, tortuga, zacateca, tamaulipeco, mancheño, doblado, lagunero, y el bobol; lenguas cuyos nombres sólo han quedado en los relatos de cronistas y viajeros o en los registros etnográficos.

La misma suerte corrieron aquellas que pertenecían a pequeños grupos localizados en el área densamente poblada de Occidente, en donde existía una gran diversidad lingüística en el momento del contacto con los españoles. En el vasto espacio territorial que comprende los actuales estados de Ja-

lisco, Guerrero, Michoacán y Colima se hablaban, entre otras, las lenguas xocoteca, tomateca, cucharate, tene, cochim, tolimeca, pampuchín, cacoma, cuyuteca, y decenas más que se fueron extinguiendo durante los primeros años del siglo XVII.⁵⁴

Si bien la interpretación sobre el grado de vitalidad de cada lengua en distintas épocas no puede basarse exclusivamente en una estimación cuantitativa, ciertos rasgos destacados de la composición del multilingüismo sí pueden inferirse a través de la diferencia entre la proporción de hablantes de lenguas indígenas con respecto a la población total. Los cálculos que ofrece la demografía histórica y los conteos estadísticos que se han levantado en distintos periodos permiten observar, al menos, las tendencias generales. Con base en la documentación existente es posible afirmar que a lo largo del primer siglo de vida colonial se produjo el mayor descenso en el número de lenguas amerindias, así como la más drástica reducción de la población indígena. Según las estimaciones de población, para finales del siglo XVI la cifra de indígenas se redujo a dos millones 500 mil personas⁵⁵ y, como ya se apuntó antes, este fenómeno significó la extinción de más de cien lenguas.

Por otra parte, el cálculo estimado para 1804 era de tres millones 700 mil indígenas, cifra que correspondía al

60 por ciento de la población total. Sin embargo, la información que ofrece el primer censo nacional de población, de 1895, indica que la proporción era totalmente distinta: los hispanohablantes constituían el 73 por ciento de la población total y los hablantes de lenguas amerindias cubrían apenas el 17 por ciento restante. Aunque es probable que las medidas anticorporativas que promovieron los gobiernos decimonónicos en contra de las comunidades indígenas, así como los grandes movimientos migratorios de la época, hayan provocado que, en efecto, en poco menos de un siglo el español se convirtiera en la lengua estadísticamente dominante del país, las dimensiones y la velocidad del cambio lingüístico difícilmente corresponderían al diagnóstico dado a conocer en 1895. El contraste de estas cifras con las que se ofrecen para la siguiente centuria nos hacen dudar de ello. Podemos suponer que el balance final del siglo XIX mostraba la imagen de un país lingüística y culturalmente homogéneo, pero que esa imagen no se adecua a los balances del siglo XX. La tendencia general del multilingüismo en el presente siglo puede inferirse al comparar las informaciones para 1910, cuando se calculaba que el porcentaje de hablantes de lenguas indígenas en México era del 25 por ciento con respecto a la población total, y las que ofrece el censo más re-

ciente, de 1990, que indica la existencia de 5 282 347 hablantes de lengua indígena, mayores de cinco años, cifra que corresponde, aproximadamente, al doble de la población indígena estimada para finales del siglo XVI. Pero a diferencia de aquella época, la proporción entre hablantes de lengua indígena y de español es totalmente inversa, puesto que en la actualidad los primeros constituyen apenas el 4.8 por ciento de la población total del país. Más aun, la cifra del censo de 1990 difiere sensiblemente del levantado en 1980, ya que en este último se estimó en 7.9 el porcentaje correspondiente a la población hablante de lengua indígena, mientras que los datos del censo de 1970 indican el 6.4 por ciento.

La velocidad del proceso de cambio en nuestro siglo también puede obser-

Cuadro 3
Número de hablantes de lenguas indígenas y porcentaje en relación con la población total del país

Año	Población total	Hablantes lengua indígena	% hablantes de lenguas indígenas
1910	15 200 000	4 900 000	25 ⁵⁶
1921	14 334 800	4 177 449	29 ⁵⁷
1930	14 834 780	2 251 086	15
1940	16 552 722	2 490 909	15
1950	19 653 552	2 447 408	12
1960	35 923 129	3 030 254	8
1970	48 225 238	3 111 415	6.4 ⁵⁸
1980	66 846 833	5 181 038	7.9
1990	81 249 645	5 282 347	4.2

Cuadro 4
Número y porcentaje de población
monolingüe y bilingüe

Año	Monolingües	%	Bilingües	%
1930	11 851 62	52	1 0656 70	47
1960	7 950 69	32	1 6525 20	67
1970	8 598 54	27	2 2515 61	72 ⁵⁹
1990	8 302 11	16	4 2355 89	83.5

varse mediante la comparación entre el número de personas bilingües, lengua indígena y español, y el de las monolingües en lengua indígena. Las cifras correspondientes a los últimos sesenta años pueden indicarnos cuáles han sido los momentos de mayor intensidad en el cambio. Según los datos censales, entre 1930-1950 y 1970-1990 tuvieron lugar los procesos más intensos a través de los cuales la población indígena se volvió bilingüe. Pero una situación que hace peculiar a cada uno de estos momentos es que, mientras en 1930 la proporción entre monolingües y bilingües era de 1 a 1, en 1990 se transformó de 1 a 4.

INFORMACIÓN CENSAL

Hemos dicho ya que los diagnósticos cuantitativos son los recursos más utilizados para conocer la distribución geográfica de las lenguas, así como algunos de los rasgos relacionados con el grado de vitalidad de las mismas. Generalmente, las estimaciones glo-

bales sobre el número de lenguas amerindias y sus hablantes se extraen de las fuentes censales y de los recuentos efectuados por las instituciones que atienden a la población indígena. No obstante, es necesario llamar la atención sobre la inconsistencia y las diferencias que se observan en los criterios empleados al elaborar los perfiles de la población indígena y de sus respectivas lenguas.

Una de las irregularidades más frecuentes que presentan los censos consiste en la variación del número de idiomas registrados. El censo de 1910 registra 50 lenguas; el de 1921, 43; el de 1930, 36; el de 1940, 43; el de 1950, 29; el de 1960, 30; el de 1970, 31; el de 1980, 40 y el de 1990, 92 lenguas.⁶⁰ A pesar de que el último censo incorporó un número significativo de lenguas, como el pápago, el lacandón y el chichimeco, entre otras, la cifra global no coincide con la que manejan los lingüistas en sus clasificaciones, quienes hacen un cálculo aproximativo de 66 idiomas.

Si bien una de las principales críticas a los censos anteriores fue la omisión de varias lenguas, y en el caso del censo de 1980 salta a la vista la sobrestimación en el número de hablantes de lenguas indígenas, en el recuento más reciente el número de idiomas resulta excesivo. En el censo de 1990 se registraron como nombres de lenguas algunos que se refieren propia-

mente a gentilicios. Este sería el caso, por ejemplo, del registro del nombre "lengua chiapaneca", que ya se extinguió y bajo el cual se reporta a un reducido número de hablantes en los estados de Chiapas y Guanajuato, y en el Distrito Federal. También puede señalarse el hecho de que se marcaron distinciones secundarias en el nombre genérico de una lengua, a partir de la información adicional y esporádica que ofrecieron los informantes o los censores. Es así como, por ejemplo, se ofrecen siete subclases de la lengua chinanteca, siendo que dos de ellas, el chinanteco de Petlapa y el de Qui-tepec, sólo registran un hablante respectivamente; también encontramos seis subclases de lenguas mixtecas, una de ellas denominada "mixteco de la zona mazateca". En este caso, como en el de la lengua chiapaneca, resulta ostensible que la denominación de la subclase responde a la zona de residencia de unos cuantos individuos y no, propiamente, a la de una variedad dialectal o a una lengua distinta.

En el cuadro 5 se presentan las cifras censales nacionales correspondientes a las últimas tres décadas. Se transcriben los nombres genéricos dados en los censos, pero se omiten las subclases que aparecen en el último de ellos, por las razones antes expuestas. Con un guión se indican aquellos casos en que los censos no presentaron la información correspondiente.

El perfil que presentan los censos nacionales puede complementarse con los resultados que proporcionan los estudios lingüísticos, en este caso la clasificación que proponen Suárez y Lastra, la cual ordena jerárquicamente los grupos, subgrupos, familias y lenguas. Los especialistas indican con claridad que su propuesta se basa en la consideración de que el término "lengua" deberá entenderse como la reconstrucción de una cadena dialectal, en la que han sido incorporados los resultados de exámenes gramaticales como los que proporcionan las pruebas de inteligibilidad. Por tales motivos, la clasificación presenta varias peculiaridades que deben tomarse en cuenta: en primer lugar, usa el término "lengua" para casos como el zapoteco, el tarahumara y el náhuatl, entre otros, señalando que se trata de familias constituidas por varias lenguas, y no de meros dialectos de una misma lengua. La segunda consideración importante consiste en que la clasificación anota distinciones secundarias del mismo nombre genérico, indicando que, en realidad, se trata de dos lenguas. En esta última situación se encuentra, por ejemplo, el tepehuán, ya que se puede diferenciar entre el del norte y el del sur. También es el caso de las dos lenguas trique, una propia de Copala y, la otra, de Chicahuaxtla. La clasificación incluye varias lenguas que pudieran

ser consideradas guatemaltecas, pero su registro se debe a que, con mayor o menor antigüedad en su residencia, sus hablantes forman parte de la población indígena de nuestro país. Bajo tales consideraciones en el cuadro 6 se presentan las lenguas amerindias que actualmente se hablan.⁶¹ Mediante las cifras proporcionadas por el censo nacional de 1990 se puede hacer un balance cuantitativo de la situación actual de las lenguas indígenas de México. De las 52 lenguas consideradas, el náhuatl fue la más numerosa, con más de un millón de usuarios registrados. El segundo lugar lo ocupó la lengua maya con más de 700 mil hablantes, asentados en los tres estados ubicados en la península de Yucatán. Con un número mayor a los 100 mil hablantes existen once lenguas: zapoteco, mixteco, otomí, tseltal, tzotzil, totonaco, mazateco, chol, mazahua, huasteco y chinanteco. En contraste, las diez lenguas que tienen menos de quinientos hablantes son: cochimí, cucapa, kikapú, kiliwa, kumiai, ópata, paipai y pápago, todas localizadas en la zona fronteriza del norte del país; y en el extremo sur: mototzintleco (o motocintleco) y la-candón.⁶² También en el área sureña se localizan otras comunidades lingüísticas muy pequeñas, como la acateca, la cakchiquel y la teca, entre otras, las cuales forman parte del continuo cultural mayance que se funde, desde

tiempos inmemoriales, con los grupos guatemaltecos.⁶³

En el cuadro 7 se presenta la distribución actual de hablantes de lenguas indígenas. Ahí las cifras indican que el náhuatl, además de ser la lengua con mayor número de usuarios, presenta la más amplia distribución geográfica: *Occidente* (Colima, Jalisco, Michoacán); *Oriente* (Puebla, Hidalgo, San Luis Potosí, Veracruz); *Centro* (Estado de México, Morelos, Tlaxcala); *Sur* (Guerrero); y el *Sureste* (Veracruz y Tabasco). Los especialistas destacan varios hechos para su caracterización actual: el primero, la gran estimación que mantiene el náhuatl como antigua lengua de cultura y, de manera particular, una de sus variantes, la denominada "náhuatl clásico", la cual se hablaba en el área geográfica de la cuenca de México desde poco tiempo antes de la conquista hasta el siglo XVII.⁶⁴ El segundo hecho es que en la actualidad se pueden reconocer, por lo menos, cuatro grandes áreas dialectales del náhuatl: *periferia occidental*, con los estados de Durango, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán, Estado de México y parte de Guerrero; *periferia oriental*, con Puebla, Veracruz, Tabasco y parte de Guatemala; *Huasteca*: San Luis Potosí, Hidalgo, algunos poblados nahuas de Veracruz y de Puebla, y *Centro*: Hidalgo, Puebla, Estado de México, Distrito Federal, Morelos y algunos poblados

de Guerrero.⁶⁵ Además de las variaciones estructurales que presenta esta lengua, es un hecho que los hablantes del náhuatl no se reconocen como partícipes de una comunidad integrada. Las regiones nahuas se diferencian entre sí por la gran variedad que manifiestan en cuanto a los grados de mantenimiento y desplazamiento.⁶⁶ Una comparación entre las cifras censales de los últimos sesenta años permite hacer la observación de que, tomada en conjunto, la lengua náhuatl no se encuentra entre aquellas que han mantenido una tendencia sostenida hacia el crecimiento en cuanto al número de hablantes.

Por su parte, el yucateco es el principal idioma indígena de los tres estados en que se divide políticamente la península de Yucatán. De hecho, la lengua maya rebasa las fronteras de México, pues cuenta con hablantes en dos países más, Belice y Guatemala. Además, por la afinidad que presenta el maya yucateco con el lacandón, el itzá y el mopán, se ha propuesto que no se trata de idiomas distintos, sino de variedades dialectales de una misma lengua.⁶⁷ A diferencia del náhuatl, las comunidades que hablan maya yucateco presentan un alto grado de inteligibilidad debido a la cercanía geográfica y a la interacción constante entre los hablantes. Por otra parte, cabe hacer notar que el nombre de maya ha sido utilizado para designar no só-

lo una lengua, sino toda una cadena cultural y lingüística que atraviesa México y Centroamérica, la cual comparte un origen histórico común, y en el pasado una escritura y una tradición literaria propias.⁶⁸ Las cifras estadísticas de los últimos treinta años ponen de manifiesto la tendencia ascendente en el crecimiento de la población indígena en la península, y de igual modo destacan el notable avance del fenómeno del bilingüismo español-maya yucateco.

La lengua zapoteca presenta una extensión mucho más reducida que la del náhuatl, pero ambas coinciden en una alta diversificación dialectal. Algunos especialistas han señalado, incluso, que se trata de cuatro grupos zapotecos distintos que abarcarían, respectivamente, las siguientes regiones oaxaqueñas: Sierra Norte, Valle, Sierra Sur e Istmo.⁶⁹ También forman parte del conjunto zapoteco dos lenguas más: el papapubo y el solteco, idioma extinto.⁷⁰ La bibliografía reciente menciona, de manera sucinta, que además de las diferencias estructurales de las lenguas zapotecas, otra circunstancia notoria es la diversidad que manifiestan en cuanto a los grados de vitalidad, indicando que en el Istmo de Tehuantepec es donde gozan de condiciones de mayor prestigio. Con base en las cifras censales de los últimos sesenta años se puede afirmar que las lenguas zapotecas, toma-

Cuadro 5
Lenguas y número de usuarios, según los últimos censos

<i>Lengua</i>	1970	1980	1990
Amuzgo	13 883	18 659	28 228
Cuicateco	10 192	14 155	12 677
Cochimí	—	—	148
Cora	6 242	12 240	11 923
Cucapá	—	—	136
Chatino	11 773	20 543	28 987
Chichimeco	—	—	1 582
Chinanteco	54 145	77 087	109 100
Chocho	—	12 310 ⁴³	12 533
Chol	73 253	96 776	128 240
Chontal de Oaxaca	—	8 086	5 121
Chontal de Tabasco	—	28 948	30 289
Huave	7 442	9 972	11 955
Huasteco	66 091	103 788	120 739
Huichol	6 874	51 850	19 363
Ixcateco	—	—	1 220
Jacalteco	—	—	1 263
Kanjolabal	—	—	14 325
Kikapú	—	—	232
Kiliwa	—	—	41
Lacandón	—	—	104
Mam	—	3 711	13 168
Matlatzinca	—	—	1 452
Maya	454 675	665 377	713 520
Mayo	27 848	56 387	37 400
Mazahua	104 729	194 125	127 826

das en conjunto y en comparación con el resto de las lenguas amerindias, se encuentran entre aquellos idiomas que no presentan un crecimiento considerable y sostenido.

Entre las particularidades que los especialistas han señalado con respecto a la lengua tzeltal, destaca el hecho de que la diversidad regional, que en suma corresponde a los varios poblados de la región nororiental del estado

de Chiapas, no constituye un obstáculo para la intercomprensión entre sus hablantes. Por otra parte, se considera que esta lengua mantiene un alto grado de vitalidad, siendo un fenómeno relativamente reciente la baja en el índice de monolingüismo. Otra de sus particularidades radica en la dificultad para realizar una delimitación precisa con respecto a la lengua tzotzil, la segunda en el estado de Chiapas.

Lenguas y número de usuarios, según los últimos censos (cont.)

Lengua	1970	1980	1990
Mazateco	101 541	124 176	168 374
Mixe	54 403	74 083	95 264
Mixteco	233 235	323 137	383 544
Motocintleco	—	—	235
Náhuatl	799 394	1 376 989	1 197 308
Ocuilteco	—	—	755
Otomí	221 062	306 190	280 238
Paipai	—	—	223
Pame	—	5 649	5 732
Pápago	—	236	—
Pima	—	553	860
Popoloca	27 718	23 762	31 079
Seri	—	486	561
Tarahumara	25 417	62 419	54 431
Tarasco	60 411	118 614	94 835
Teco	—	—	107
Tepehua	5 545	6 645	8 469
Tepehuano	5 617	17 802	18 469
Tlapaneco	30 804	55 068	68 482
Tojolabal	13 303	—	36 011
Totonaco	124 840	196 003	207 876
Trique	—	8 408	14 981
Tzeltal	99 412	215 145	261 084
Tzotzil	95 383	133 389	229 203
Yaqui	7 084	9 282	100 982
Zoque	27 140	30 995	43 160

Además, las recientes migraciones de ambos grupos, tzotzil y tzeltal, hacia el enclave central de la zona, San Cristóbal de las Casas, hacia Tabasco y hacia el área ocupada desde antiguo por el grupo tojolabal, han dado como resultado la creación de nuevas estructuras en las redes de comunicación en la zona chiapaneca. Se ha observado que en el área selvática, por ejemplo, el tzeltal ha llegado a

constituir una especie de *lingua franca* para aquellos cuyas lenguas maternas son el chol, el tojolabal e incluso el lacandón, el zoque y el castellano.⁷¹ De tal suerte que, en contraste con la situación que guardan actualmente el náhuatl y el zapoteco, el tzeltal y el tzotzil han incrementado notablemente el número de sus usuarios, ascendiendo casi al doble en los últimos veinte años.

Cuadro 6
Las lenguas de México

<i>Familia</i>	<i>Grupo</i>	<i>Subgrupo</i>	<i>Lengua</i>	<i>Localización</i>	
YUMA-SERI	Yuma		Paipai	Ensenada, Baja California.	
			Kiliwa	Ensenada, Baja California.	
			Cochimí	Ensenada, Baja California.	
			Cucapa	Ensenada, Baja California.	
			Seri	Municipio de Pitiquito, Sonora.	
ALGONQUIANA			Kikapú	Ranchería Nacimiento, municipio Melchor Múzquiz, Coahuila.	
YUTO-AZTECA	Pimic		Pápago	Norte de Sonora.	
			Pima Bajo	Yécora y otros asentamientos del este de Sonora.	
			Tepehuán del norte	Guadalupe y Calvo, estado de Chihuahua, y municipio Vicente Guerrero, estado de Durango.	
			Tepehuán del sur	Mezquital, Pueblo Nuevo, estado de Durango, Huajícori, Nayarit.	
		Tarahahita	Tarahumara-guarijío	Lenguas tarahumaras	Chihuahua, principalmente municipios de Guachochi, Juárez y Urique. También en Sinaloa. Estado de Chihuahua.
				Guarijío	
			Cahita	Mayo	Norte de Sinaloa, principalmente en El Fuerte. Sur de Sonora: Etchojoa, Navajoa, Huatabampo.
				Yaqui	Guaymas, Sonora y Sinaloa.
		Corachol		Cora Huichol	El Nayar, Nayarit. Jalisco, principalmente Mesquital, Zapopan y Guadalajara.
		Azteca		Lenguas nahuas	El Nayar, Nayarit, y en los estados de Durango, San Luis Potosí, Hidalgo, Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Colima, Nayarit, Michoacán, Guerrero, México y en el Distrito Federal.
TOTONACO-TEPEHUA	Totonaco		Lenguas totonacas	Norte de Veracruz y Puebla.	

Las lenguas de México (cont.)

<i>Familia</i>	<i>Grupo</i>	<i>Subgrupo</i>	<i>Lengua</i>	<i>Localización</i>
	Tepehuano		Lenguas tepehuas	Veracruz, principalmente en Ixhuatlán de Madero, Tlachichilco y Zontecomatlán; Huehuetla, Hidalgo.
MANGUIBANA	Otopameana	Pameano	Pame del norte	San Luis Potosí: Santa Catarina, Tamasopo, Rayón, Alaquines.
			Chichimeco Jonaz	San Luis de la Paz, Guanajuato.
		Otomí-mazahua	Lenguas otomíes	Estados de Hidalgo, México Guanajuato, Querétaro, Puebla, Tlaxcala, Michoacán.
			Mazahua	Oeste del Estado de México y este de Michoacán.
		Matlatzinca-ocuilteco	Matlatzinca	San Francisco Oztotilpan, municipio de Temazcaltepec, Estado de México.
			Ocuilteco	San Juan Atzingo, Ocuilan, Estado de México.
	Popoloca	Popoloca-ixcateco	Lenguas popolocas	Norte del estado de Puebla.
			Chocho Ixcateco	Noroeste del estado de Oaxaca. Santa María Ixcatlán, Oaxaca.
		Mazateco	Lenguas mazatecas	Principalmente en el norte del estado de Oaxaca.
		Subtiabatlapaneco		Tlapaneco
	Amuzgo		Amuzgo de Guerrero Amuzgo de Oaxaca	Sureste de Guerrero. Suroeste del estado de Oaxaca.
Mixteco	Mixteco		Lenguas mixtecas	Oeste de Oaxaca, este de Guerrero, sur de Puebla.
		Cuicateco	Cuicateco	Exdistrito de Cuicatlán, estado de Oaxaca.
		Trique	Trique de Copala	San Juan de Copala, municipio de Santiago Juxtlahuacán, exdistrito de Juxtlahuaca, estado de Oaxaca.

Las lenguas de México (cont.)

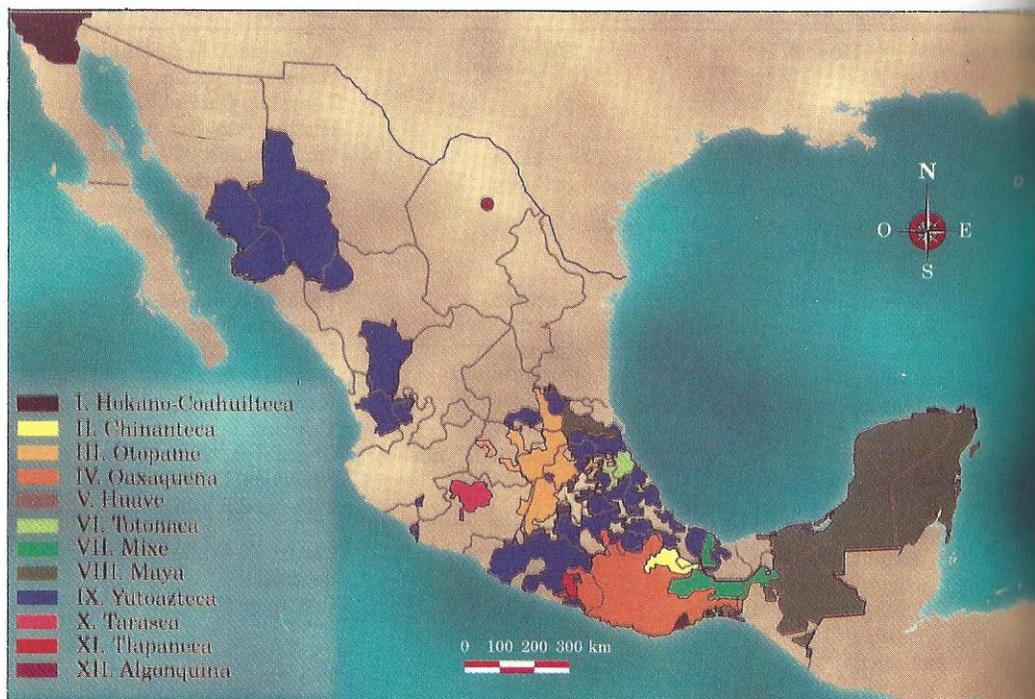
<i>Familia</i>	<i>Grupo</i>	<i>Subgrupo</i>	<i>Lengua</i>	<i>Localización</i>
			Trique de Chichahuaxtla	San Andrés Chichahuaxtla y pueblos vecinos, estado de Oaxaca.
	Chatino zapoteca	Chatino	Lenguas chatinas Lenguas zapotecas	Sur de Oaxaca. Centro y este de Oaxaca.
	Chinanteco		Lenguas chinantecas	Oaxaca, sobre todo en los exdistritos de Tuxtepec y Choapan.
TARASCO			Tarasco	Centro y norte de Michoacán.
TEQUISTLATECANO-JICAQUE	Tequistlateco		Chontal de la Costa Chontal de las Tierras Altas	Huamelula, estado de Oaxaca. Sureste del estado de Oaxaca.
HUAVE			Huave	Cinco poblados del sur de Oaxaca
MIXE-ZOQUEANO	Zoqueano		Zoque de Chiapas	En el estado de Chiapas: municipios de Pichucalco, planicies de Tuxtla Gutiérrez, municipios de Copainalá, Chapultenango, Francisco León, Ocotepec, Comapantepec, Tapulapan, Tapilula, Tecpalan. En el estado de Tabasco: municipios de Teapa, Tepopilapa y Ayopa.
			Zoque de Oaxaca	Santa María Chimalapa y San Miguel Chimalapa, estado de Oaxaca.
			Popoluc de Tierras Altas	En el estado de Veracruz: municipios de Hueyapan de Ocampo, Zoteapan, Acayucan y Minatitlán.
			Popoluc de Texistepec	Municipio de Texistepec, Veracruz.
	Mixeano		Mixe de Oaxaca Mixe de Sayula (= Popoluc de Sayula) Mixe de Oluta (= Popoluc de Oluta)	Noreste de Oaxaca. Sayula, Veracruz. Oluta, Veracruz.

Las lenguas de México (cont.)

Familia	Grupo	Subgrupo	Lengua	Localización	
Mayan	Huasteco		Huasteco	En el estado de San Luis Potosí: Aquismón, Tanjalas, Ciudad Valles, Huehuetlán, San Antonio, Tampamolón y Tancuayalab. En el estado de Veracruz: Tantoyucan, Chontla, Chinamapa, Tantima y Tancoco.	
	Yucatecano		Yucateco	Yucatán, Campeche, Quintana Roo.	
			Lacandón	Este de Chiapas.	
	Gran tzeltal	Cholano		Chol	Norte de Chiapas. Macuspana, Tabasco.
				Chontal de Tabasco	Chontalpa, sobre todo en Nacajuca, Centro, Centla, Macuspana y Jonuta.
			Tzeltalano	Tzeltal	Centro de Chiapas, al este del tzotzil.
				Tzotzil	Centro de Chiapas.
	Gran kanjobal	Chuj		Chuj	Trinitaria, Chiapas.
				Tojolabal	Principalmente en Las Margaritas y Altamirano, Chiapas.
Kanjobalano			Kanjobal	Trinitaria y Comalapa, Chiapas y Quintana Roo.	
			Jacalteco	Amatenango de la Frontera, Chiapas.	
			Acateco	Sur de Chiapas.	
Cotoque		Mototzintleco (motocintleco o mochó)	Mototzintla, Chiapas.		
Gran Mam		Tuzanteco	Tuzantán, Chiapas.		
		Mam	Sureste de Chiapas (Soconusco).		
		Teco	Mazapa de Guerrero, Chiapas.		

FUENTE: Yolanda Lastra, "The present-day...", *op. cit.*

FAMILIAS LINGÜÍSTICAS, 1988



FUENTE: Leonardo Manrique
(coord.), *Atlas cultural de México.*
Lingüística, México, Instituto
Nacional de Antropología e
Historia/Planeta, 1988.

Por su parte, las lenguas otomíes cubren una extensa zona que abarca siete estados de la república. Los estudios dialectológicos recientes señalan que el universo otomí puede subdivirse en seis áreas: la del Noroeste o Sierra de Hidalgo; la del Sureste, que incluye pueblos de los estados de Puebla e Hidalgo; la de Ixmiquilpan y sus alrededores; la de Querétaro y norte del Estado de México; la del Suroeste, que incluye pueblos del Estado de México y, finalmente, la de Ixtenco en Tlaxcala.⁷² Una característica común de las comunidades otomíes es el alto grado de desplazamiento lingüístico a favor del español, debido a la integración de un buen número de sus miembros al creciente mercado regional y a la urbanización de las zonas donde se localizan. Las dificultades para sobrevivir en el lugar de origen y la cercanía de los pueblos otomíes con el centro del país han provocado una intensa migración, lo cual ha sido determinante para que el español se haya convertido en la lengua materna de comunidades otomíes en un tiempo breve. Según las estimaciones censales, durante la última década la cifra de hablantes de la lengua otomí resintió un fuerte descenso.

La somera descripción que se ha hecho del multilingüismo en México revela una situación aparentemente paradójica: por un lado, se hace manifiesta la tendencia ascendente en el número

de hablantes de lenguas indígenas y, por el otro, es evidente la amenaza generalizada de extinción de las comunidades lingüísticas amerindias. En efecto, la población indígena ha crecido considerablemente, pero no así el número de usuarios de las lenguas indígenas, lo cual demuestra que la lengua no es el único marcador de etnicidad sino que prevalecen otros valores como la auto adscripción. Por otra parte, el aumento en el número de hablantes no significa que éste sea el resultado de una política lingüística gubernamental cuyo propósito sea el reforzamiento de la vitalidad de las lenguas amerindias.

La sustitución de las lenguas maternas de los indígenas por la lengua oficial puede llegar a ser, en pocos años, un hecho irreversible si no se toman las medidas necesarias y eficaces para contrarrestar esa tendencia. Coincidimos plenamente con el llamado de atención que hacen los especialistas acerca del riesgo de extinción en que se encuentran centenares de lenguas en el orbe ante el empuje de los imperialismo lingüísticos, económicos y culturales:

la pérdida de las lenguas locales, y de los sistemas culturales que ellas expresan, será una pérdida irreversible de la diversidad de la riqueza intelectual, producto inapreciable de la capacidad humana.⁷³

Cuadro 7
Distribución actual de hablantes de lenguas indígenas

Estado	Total de hablantes	% respecto a la población del estado	Lenguas que se hablan en el estado	% respecto al total de hablantes de lenguas indígenas en el estado
Oaxaca	1 018 106	18.29	Zapoteco	33.56
			Mixteco	23.52
			Mazateco	14.43
			Chinanteco	8.87
			Mixe	8.72
			Chatino	2.82
			Cuicateco	1.16
			Huave	1.15
			Triqui	1.26
			Tzeltal	36.50
Chiapas	716 012	12.98	Tzotzil	31.65
			Chol	15.98
			Tojolabal	4.96
			Zoque	4.86
			Kanjolabal	1.44
			Mam	1.21
			Náhuatl	50.77
			Totonaca	19.17
			Huasteco	8.08
			Popolucá	5.03
Veracruz	580 386	13.47	Zapoteco	3.82
			Chinanteco	2.80
			Mazateco	1.12
			Maya	97.57
			Náhuatl	72.12
			Totonaco	17.12
			Chocho	1.92
			Mixteco	1.64
			Chatino	1.34
			Náhuatl	59.31
Yucatán	525 264	8.22	Otomí	36.93
			Mazahua	36.56
Puebla	503 277	9.42	Otomí	31.94
			Náhuatl	8.61
Hidalgo	317 838	5.73	Mixteco	5.38
			Zapoteco	3.79
			Mazateco	1.08
México	312 595	5.56	Mazateco	1.08
			Totonaca	1.12

Distribución actual de hablantes de lenguas indígenas (cont.)

Estado	Total de hablantes	% respecto a la población del estado	Lenguas que se hablan en el estado	% respecto al total de hablantes de lenguas indígenas
Oaxaca	298 532	5.17	Náhuatl	38.90
			Mixteco	27.02
			Tlapaneco	21.92
			Amuzgo	7.85
San Luis Potosí	204 328	3.17	Náhuatl	63.03
			Huasteco	33.63
			Pame	2.77
Michoacán	105 578	2.92	Puréhpecha	82.49
			Mazahua	2.85
			Náhuatl	2.65
Quintana Roo	133 081	2.08	Maya	90.80
			Mam	1.81
			Kanjolabal	1.38
Baja California	47 913	2.51	Mayo	57.20
			Yaqui	21.04
			Mixteco	1.71
			Guarijío	1.53
			Seri	1.07
			Tarahumara	1.03
			Náhuatl	22.94
			Otomí	14.80
Distrito Federal	111 552		Zapoteco	12.70
			Mixteco	12.50
			Mazahua	7.00
			Mazateco	3.80
			Totonaca	2.70
			Maya	2.00
			Mixe	1.80
			Puréhpecha	1.30
			Tlapaneco	1.00

Las cifras censales de 1990 se tomaron de INEGI, *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, y Arnulfo Embriz et al., *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, México, INI, 1993.

Sin embargo, las situaciones por las que pasan las heterogéneas poblaciones hablantes de lenguas indígenas obligan a ser cautos ante las generalizaciones excesivas. Tan importante como la elaboración de un balance crítico general que dé cuenta de las tendencias, es la tarea de llevar a cabo caracterizaciones particulares de las distintas lenguas y regiones, para conocer con mayor precisión las causas y las medidas necesarias para fortalecer su mantenimiento. Asimismo es necesario tener en mente que dichas valoraciones se pueden realizar no sólo mediante datos cuantitativos sino considerando, sobre todo, la potencialidad y las expectativas futuras que vislumbran los usuarios con respecto a sus lenguas.

Finalmente, quisiéramos hacer un llamado de atención en torno al reto que enfrentan las políticas lingüísticas recientes por reconocer la existencia legítima del multilingüismo. Desde nuestro punto de vista, dichas políticas, en las cuales debe existir un equilibrio entre las iniciativas propias del grupo en cuestión y el peso del imperialismo lingüístico, deberían apoyar la creación y el reforzamiento de nuevas comunidades. Las decisiones futuras sobre el destino de las lenguas necesitan trascender el carácter simbólico que tienen en la mayoría de los casos, y propiciar situaciones de igualdad en las acciones de planificación social, cultural y legislativa, reavivando de esta manera el multilingüismo.

NOTAS

¹ En este libro haremos uso de los términos "lengua" e "idioma" para referirnos indistintamente a los objetos históricos individuales dentro de una sola especie, que es el lenguaje. Toda lengua histórica (lengua o idioma) es un archisistema, es decir, abarca varios sistemas funcionales; por ejemplo el español de España, el de México, el de Colombia; el náhuatl de Guerrero, el de Tezcoco, el de Guatemala. Cada una de las lenguas históricas posee un nombre propio: francés, maya, español, náhuatl. Cfr. Eugenio Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid, Gredos, 1973.

² Las estimaciones sobre el número de lenguas en el mundo varían considerablemente, dependiendo de los criterios utilizados. A juicio de Bernard Comrie una cifra aceptable, pero muy conservadora es de 4 000 lenguas. Véase *The World's Major Languages*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 2. Barbara Grimes, por su parte, estima que el número total es de 6 528 lenguas. Véase *Ethnologue, Languages of the World*, Dallas, Summer Institute of Linguistics, 1992, p. 930.

Los estudios tipológicos recientes hacen el siguiente cálculo de cada uno de los *phylum* de las lenguas americanas: eskimo-aleuta, 10 lenguas; na-dene, 17 lenguas; amerindio, 600 lenguas. Véase Merritt Ruhlen, *A Guide to World's Language, Classification*, Stanford, Stanford University Press, 1987, vol. 1, pp. 191-250. Por su parte, Barbara Grimes (*op. cit.*, p. 930) estima en 949 el número de lenguas americanas.

David Crystal, en su obra *The Cambridge Encyclopedia of Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, calcula que en América se hablan aproximadamente 40 lenguas indígenas y criollas, que se caracterizan por presentar una amalgama de elementos europeos, africanos y americanos, y por su origen reciente, el cual se remonta a los tres últimos siglos. Los lingüistas indican que los pidgines no tienen hablantes nativos y se utilizan para la comunicación entre pueblos que no comparten una lengua común. También han reconocido la existencia de estos tipos de pidgines y concluyen que el grado de desarrollo y complejidad que pueden alcanzar depende del tipo e intensidad de las interacciones comunicativas entre sus usuarios. Los pidgines difieren de los criollos en tanto que estos últimos sí tienen hablantes nativos, y se trata de lenguas cuya emergencia puede localizarse en un punto bastante preciso en el tiempo, puesto que la mayoría son el resultado de situaciones recientes de contacto entre lenguas europeas y africanas, asiáticas o americanas. Cfr. J. Arends, P. Muysken y N. Smith, *Pidgines and Creoles*, Amsterdam, Filadelfia, John Benjamin Publishing Co., 1995.

Véase Manuel Alvar, "Lengua nacional y sociolingüística: las constituciones de América", en *Hispania Hispanique*, Barcelona, 1982, vol. LXXXIV, pp. 347-414. Este autor ofrece la siguiente definición: "lengua nacional es la que tiene un Estado como propia para la publicación de todos sus instrumentos legales y, en determinados países, la que entre todas las lenguas nacionales, sirve como instrumento de comunicación para los diversos ciudadanos que hablan diversas lenguas nacionales. Según esto, son nacionales todas las lenguas que se hablan en los territorios de un país, pero oficial sólo una, la que sirve de vehículo comunicativo a todos los connacionales, con independencia de cuál sea la lengua vernácula que hablen".

Mauricio Swadesh, "Sociologic Notes on Obsolescent Language", en *International Journal of American Languages*, núm. 14, pp. 226-235.

Esta aseveración se refiere al número de lenguas y sus hablantes con respecto a la población total del país. Sin embargo, en la actualidad existen casos en que el número de hablantes de alguna lengua amerindia es mayor al que se calcula para los momentos del contacto con Occidente. Tal es el caso, por ejemplo, del maya yucateco.

Yolanda Lastra, *Sociolingüística para hispanoamericanos*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 148-149.

Otros grupos mayoritarios de hispanohablantes residen en Guinea Ecuatorial, Estados Unidos, Israel y el Sahara. Véase Wright, "Spanish" en *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, R.E. Asher (ed.), Oxford, Nueva York, Seúl, Tokio, 1994, vol.8, p. 407.

La influencia de las lenguas indígenas en el español hablado en América ha sido objeto de numerosas polémicas entre los "hispanistas" y los "indigenistas". Como ejemplo de las disensiones actuales en el campo de la dialectología puede citarse a: John Lipski, "Tracing Mexican Spanish: A Cross-Section History", en *Language Problems and Language Planning*, Amsterdam, John Benjamin Publishing Co., 1994, vol. 18, núm. 3, pp. 223-241; Lincoln Canfield, *Spanish Pronunciation in the Americas*, Chicago, University of Chicago Press, 1981; Juan Lope Blanch (ed.), *Atlas lingüístico de México*, vol. 1, México, El Colegio de México/FCE, 1990.

- ¹¹ Antonio Tovar, "Los nombres de lugar en la América de colonización española y portuguesa", en *Onoma*, International Center of Onomastics, Leuven, 1968, vol. XIII, pp. 244-269.
- ¹² Véase Gutierre Tibón, *Historia del nombre y de la fundación de México*, México, FCE, 1980.
- ¹³ Jacques Soustelle, *La familia otomí pame del México central*, México, FCE, 1993, pp. 464-466.
- ¹⁴ Cfr. Tomás Buesa Oliver, *Indoamericanismos léxicos en español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Miguel de Cervantes", 1965.
- ¹⁵ Los biólogos clasifican las plantas y animales en términos de taxones: especie, género, familia, orden, clase y *phylum*. De manera similar operan los lingüistas en las clasificaciones de lenguas y grupos de lenguas, utilizando los taxones: dialecto, lengua, familia, *stock* y *phylum*.
- ¹⁶ Véase Alfredo Torero, "La familia lingüística quechua", en Bernard Pottier (coord.), *América Latina en sus lenguas indígenas*, Venezuela, UNESCO/Monte Avila, 1983, pp. 61-98.
- ¹⁷ Véase Bartolomeu Meliá, "La lengua guaraní del Paraguay", en Bernard Pottier, *op. cit.*, pp. 49-59.
- ¹⁸ Carme F. Junyent, *Las lenguas del mundo*, Madrid, Octaedro, 1993, pp. 88-91.
- ¹⁹ Véase Renée Balibar, *Le colingüisme*, París, Presses Universitaires de France, 1993.
- ²⁰ Walter Mignolo, "Teorías renacentistas de la escritura y la colonización de las lenguas nativas", en *Primer Simposio de Filología Iberoamericana*, Sevilla, 1990.
- ²¹ Mauricio Swadesh, *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*, México, UNAM (Cuadernos del Instituto de Historia 8), 1959 pp. 36-38.
- ²² Una síntesis de los trabajos recientes sobre el número de lenguas extintas se encuentra en Beatriz Garza y Yolanda Lastra, "Endangered Languages in México", en R. Robins y E. Uhlenbeck (eds.), *Endangered Languages*, Berg, Oxford, 1991.
- ²³ Para el primer caso señalamos el cálculo que hizo Manuel Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México. Precedida de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus*, México, Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante, 1864. La segunda estimación la hizo Francisco Pimentel, *Cuadro descriptivo-comparativo de las lenguas indígenas de México*, México, Tipografía de Isidoro Epstein, 1875.
- ²⁴ Se denomina escritura fonémica o alfabética a aquella en donde cada símbolo escrito (grafema) representa una de las unidades mínimas de expresión independientes. Véase Bertil Malmberg, *Teoría de los signos*, México, FCE, 1977, pp. 127-128.
- ²⁵ Esta aproximación al término cultura, basada en la de W. Goodenough (1957), la retoma R. A. Hudson, *La sociolingüística*, Barcelona, Anagrama, 1981, pp. 83-94.
- ²⁶ Véase M. Swadesh, *Estudios sobre lengua y cultura*, México, INAH, 1960, p. 77.
- ²⁷ *Ibidem*.
- ²⁸ No existe un consenso al respecto entre los especialistas. Hay quienes señalan que la relación entre las lenguas hocanas de los Estados Unidos y de California, con el seri y el tequistlateco es una propuesta tan sólo hipotética, que aún no se ha comprobado. Otros autores circunscriben la relación genética a las lenguas tequistlateca y jicaque, dejando fuera al seri. Uniendo las dos propuestas, otros autores plantean una relación genética entre todas ellas. Véase Yolanda Lastra "Avances de la investigación de las lenguas indígenas de México", en *Actas de las Segundas Jornadas de Lingüística Aborigen*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Lingüística, pp. 86-87.
- ²⁹ Joseph Greenberg, *Language in the Americas*, Stanford, Stanford University Press, 1987, p. 382.

³² Esta hipótesis la planteó originalmente Mauricio Swadesh. Véase Terrence Kaufman, *Lenguas de Mesoamérica*, Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra, 1974, p. 37.

³³ Para los tipólogos el término etimología se refiere al conjunto de todas las cognadas ³⁴ cognadas con una palabra individual en diferentes lenguas.

³⁴ Véase Francisco Barriga, *Los sistemas de numeración indoamericanos*, tesis de licenciatura, México, ENAH, 1992.

³⁵ Cf. Lyle Campbell y Marianne Mithun (eds.), *The Languages of Native America*, Londres Austin, University of Texas Press, 1979. Véase también T. Kaufman, "Language History in North America: What We Know and How to Know More", en Doris L. Payne (ed.), *Amazonia Lowland: Studies in Lowland South American Languages*, Austin, University of Texas Press, 1980, pp. 13-73.

³⁶ Greenberg, *op. cit.*

³⁷ El término cognado se refiere a las palabras similares que se encuentran en diferentes lenguas, las cuales presumiblemente provienen de una fuente común.

³⁸ El término *philum* se refiere a agrupaciones genéticas mayores. Se trata del conjunto de familias que, presumiblemente, tienen un ancestro común. En consecuencia, dichas familias son miembros de un mismo supertronco.

³⁹ M. Ruhlen, *On the Origin of Languages*, Stanford, Stanford University Press, 1994, pp. 9-28.

⁴⁰ Los cuatro tipos son: 1) lenguas polisilábicas, polisintéticas de subflexión: el grupo mexicano náhuatl, la familia tarasca, la familia mixe zoque y la familia totonaca; 2) lenguas polisilábicas, polisintéticas de yuxtaposición: la familia mixteco zapoteca y la familia pirinda o matlatzinka; 3) lenguas paulo silábicas sintéticas: la familia maya y las apaches y, con carácter dudoso, la familia huasteca (de Oaxaca), huave y el chiapaneco; 4) lenguas cuasimonosilábicas: la familia otomí.

⁴¹ M. Ruhlen, *op. cit.*, pp. 23-24.

⁴² Véase M. Swadesh, *op. cit.*

⁴³ Edward Sapir, "Central and North American Languages", en *Encyclopaedia Britannica*, 1960, vol. 5, pp. 138-141.

⁴⁴ M. Swadesh, *Indian Linguistic Groups of Mexico*, México, ENAH/INAH, 1959. Del mismo autor, "Afinidades de las lenguas amerindias", en *Actas del 34 Congreso Internacional de Americanistas*, Viena, 1960, pp. 729-738.

⁴⁵ M. Swadesh, "Origen y evolución del lenguaje humano", en *Anales de Antropología*, México, 1968, 1966, vol. 2, pp. 61-88.

⁴⁶ M. Swadesh, "Indian Linguistic...", *op. cit.*, p. 13.

⁴⁷ Véase Jorge A. Vivó, *Razas y lenguas de México. Su distribución geográfica*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Publicación 52, 1941.

⁴⁸ Véase A. Vivó, *op. cit.*

⁴⁹ T. Kaufman, *op. cit.*, pp. 73-87.

⁵⁰ Véase Jorge Suárez, *The Mesoamerican Indian Languages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Y. Lastra, "The Present Day Indigenous Languages of Mexico: An Overview", en *International Journal of Sociology of Language*, núm. 96, 1992. En este último trabajo se abarca un área más extensa que Mesoamérica ya que se incluyen las lenguas del norte del país y asimismo se omiten las lenguas de Centroamérica.

⁵¹ Los tipólogos indican que el taxón denominado *stock* agrupa a los conjuntos de lenguas que se encuentran ubicados entre las familias y los *philum*. Véase M. Ruhlen, *op. cit.*, pp. 22.

⁵⁰ J. K. Chambers y P. Trudgill, *Dialectology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

⁵¹ Véase Joshua Fishman, *Language and Nationalism*, Cambridge, Newbury House Publishers Inc., 1975.

⁵² Mercedes Olivera, *Distribución de la población y las lenguas indígenas de México en 1970*, México, UNAM, 1977, p. 12.

⁵³ Véase María Luisa Horcasitas y Ana M. Crespo, *Hablantes de lenguas indígenas en México*, México, INAH (Colección Científica 81), 1979.

⁵⁴ J. Suárez, *op. cit.* p. 163.

⁵⁵ M. Olivera, *op. cit.*, p. 8.

⁵⁶ Véase Germán Parra y Wigberto Jiménez Moreno, "Bibliografía indigenista de México y Centro América", en *Memorias del Instituto Nacional Indigenista*, México, 1950, vol. IV.

⁵⁷ Esta cifra, dada por Luz Ma. Valdés, *El perfil demográfico de los indios mexicanos*, México, Siglo Veintiuno, 1988, contrasta con la que ofrece Margarita Nolasco en "La migración y los indios en los censos de 1980", en *México Indígena*, 2a. época, México, INI, 1989, año V, núm. 26, p. 28. Esta última autora nos da la estimación de 2 166 036 indígenas.

⁵⁸ Horcasitas y Crespo, *op. cit.*

⁵⁹ Las cifras correspondientes a las décadas de 1930, 1950 y 1970 fueron tomadas de M. Olivera, *op. cit.*

⁶⁰ Véase L.M. Valdés, *op. cit.*

⁶¹ Hemos retomado los resultados que ofrecen los trabajos de Y. Lastra, "The Present Day", *op. cit.*, y J. Suárez, *op. cit.* Para los fines de este libro hemos omitido las lenguas extintas y no damos las estimaciones que señala Lastra por estar basadas en fuentes distintas a los censos gubernamentales.

⁶² La contabilización de hablantes de las lenguas indígenas de la frontera sur se dificulta por el origen guatemalteco de varios de ellos. Para datos más fehacientes que los censales pueden considerarse las anotaciones de Otto Schumann, "Situación en la frontera Sur", en *International Journal of Sociology of Language*, núm. 96, 1992, pp. 89-95.

⁶³ O. Schumann, *op. cit.*

⁶⁴ Karen Dakin, "La lingüística del náhuatl en el Distrito Federal y el Estado de México", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México: La antropología en el centro de México*, México, INAH, 1988, vol. 14, pp. 15-38.

⁶⁵ Véase Y. Lastra, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, México, UNAM, 1980, pp. 189-232. Esta autora realizó un examen de carácter tipológico al presentar esta subdivisión y analizó 93 poblados de habla náhuatl.

⁶⁶ Dos libros recientes presentan situaciones contrastantes en cuanto a la vitalidad de la lengua náhuatl: J.A. Flores Farfán, *Sociolingüística del náhuatl. Conservación y cambio de la lengua mexicana en el Alto Balsas*, México, CIESAS (Colección Miguel Othón de Mendizábal), 1992, y Jane Hill y Keneth Hill, *Speaking Mexicano*, Tucson, University of Arizona Press, 1986.

⁶⁷ Véase T. Kaufman, *op. cit.*, p. 85.

⁶⁸ Francesc Ligorred, *Las lenguas indígenas de México y Centroamérica. (De los jeroglíficos al siglo XXI)*, Madrid, Mapfre, 1992.

⁶⁹ J. Suárez, "La clasificación de las lenguas zapotecas", en Beatriz Garza y Paulette Levy (eds.), *Homenaje a Jorge Suárez*, México, El Colegio de México, 1990, p. 42.

¹⁰ Juan J. Rendón, *Diversificación de las lenguas zapotecas*, México, CIESAS-Oaxaca/IOC, 1995.

¹¹ Comunicación personal de Mario Humberto Ruz. Véase también Rodrigo de la Torre, *Idiomas: entre la torre de Babel y la lengua nacional*, México, CIESAS (Colección Miguel Othón de Mendizábal), 1994.

¹² Y. Lastra, "Estudios antiguos y modernos del otomí", en Rebeca Barriga y Josefina Fajardo (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*, México, El Colegio de México, 1992.

¹³ Véase Ken Hale, "Languages Endangerment and the Human Value of Linguistic Diversity", en *Journal of Linguistic Society of America*, 1992, vol. 68, núm. 1, p. 36.